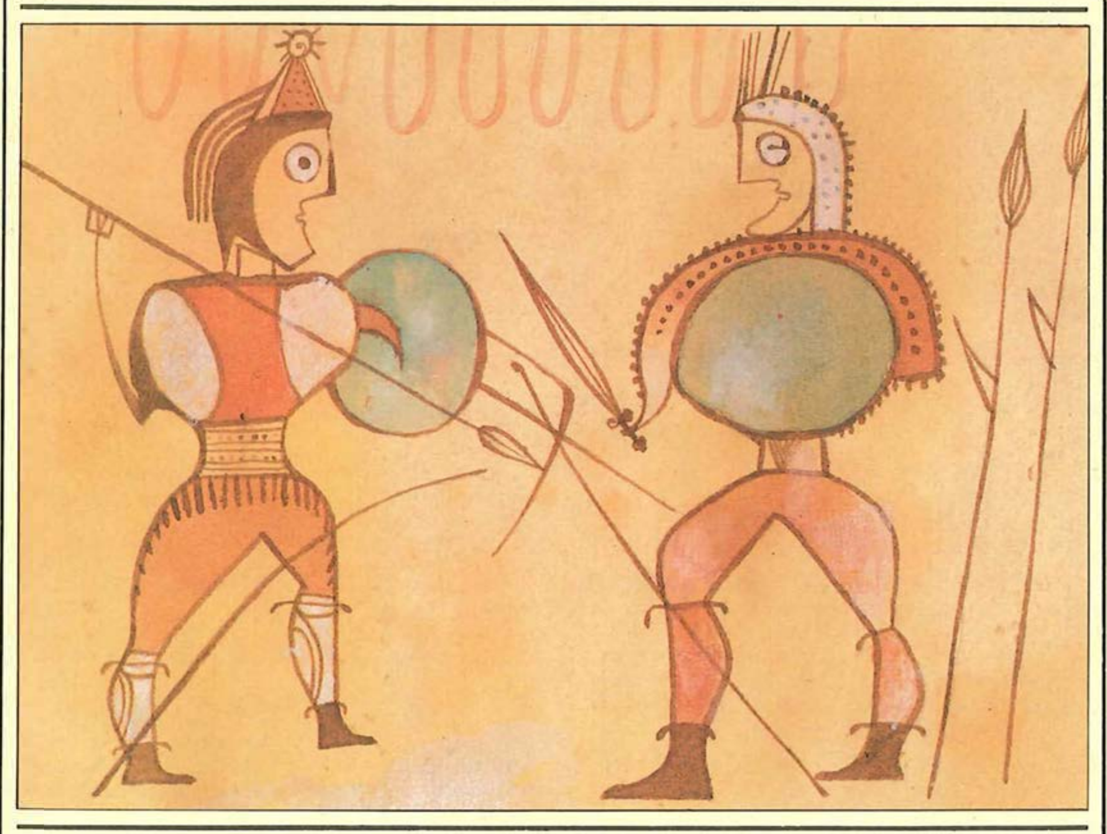
CUADERNOS historia 16

Numancia contra Roma

C. González, N. Marín y J. M. Roldán



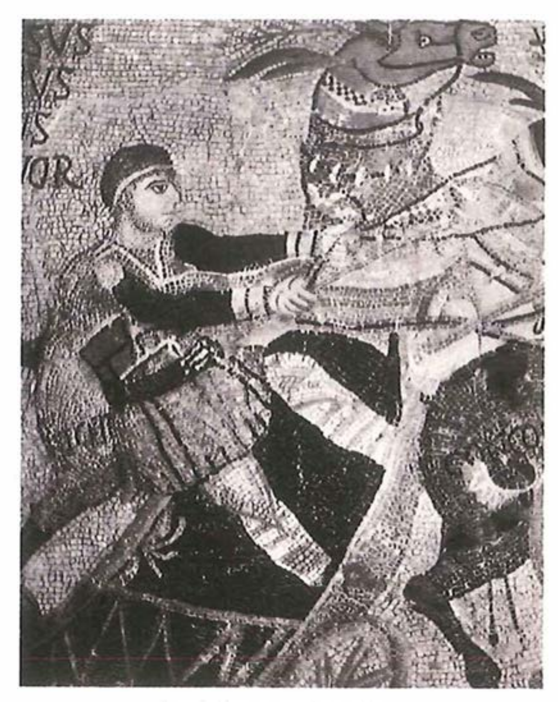
26

140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.
DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Detalle de un mosaico romano (Museo Arqueológico de Barcelona)

Indice

La caída de Numancia significó el fin de la resistencia celtíbera frente a los romanos y de un largo período de lucha —Las guerras celtibéricas (153-133 a. de C.)— *que tuvo por consecuencia el sometimiento a Roma de las tribus del alto y medio valle del Duero.*

Este Cuaderno *estudia los pasos que llevaron a Roma al progresivo dominio del suelo peninsular hasta su enfrentamiento con los celtíberos, analiza la organización social, económica y política de esos pueblos y describe el dramático asedio de Numancia y el aniquilamiento de sus habitantes.*

Roma impone su ley

La conquista romana de Hispania (210-154 a. de C.)

Por Cristóbal González Román
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Granada

UN conflicto militar como la segunda guerra púnica (218-201 a. de C.), donde Roma y Cartago despliegan todos sus recursos al enfrentarse, propicia una sustancial modificación de la situación geopolítica en el Mediterráneo occidental.

Tras su victoria, Roma se convierte en potencia hegemónica de la zona y da rienda suelta a sus tendencias expansionistas triunfando sobre el reino macedónico y el seléucida en la primera mitad del siglo II a. de C. Asimismo, su victoria repercute en los pueblos asentados en la parte occidental del *Mare Nostrum* y concretamente en la Península Ibérica, causa inmediata del conflicto.

Como se sabe, el ataque de Aníbal a Sagunto motiva la declaración de guerra y la puesta en marcha de las correspondientes estrategias militares. La cartaginesa aspira a llevar a suelo itálico el campo de operaciones. La romana, a cortar el abastecimiento de Aníbal desde Hispania, principal baluarte cartaginés tras las conquistas de los Barcas (Amílcar, Asdrúbal y Aníbal), que compensaba con sus recursos humanos y económicos la derrota de la primera guerra púnica.

Es precisamente en la segunda guerra púnica donde debe enmarcarse el desembarco del ejército romano en el 218 a. de C. en la ciudad de Ampurias, sin que pueda sostenerse históricamente la existencia de un proyecto previo de invasión romana de la Península Ibérica, ya que antes de la llegada de los Escipiones Roma se limita a proteger los intereses de algunos aliados suyos, como las colonias griegas de la costa hispánica y, en especial, las actividades económico-comerciales en la Península Ibérica de la ciudad de *Massalia* (Marsella).

Fin del dominio cartaginés

En el 211 a. de C., Publio Cornelio Escipión y su hermano y lugarteniente Cneo intentan penetrar en el sur de la Península, base del poderío púnico. Derrotados y muertos, la zona de influencia romana se retrotrae al punto en que se encontraba siete años antes, al norte del Ebro.

Pero en el otoño del 210 a. de C., la llegada de Publio Cornelio Escipión, el futuro Africano, con nuevos refuerzos militares, logra los objetivos que Roma se había propuesto en la Península Ibérica.

Roma se atrae hábilmente a la aristocracia indígena estableciendo alianzas con los jefes de los ilergetes Indíbil y Mandonio, acérrimos partidarios anteriormente de los Barcas. También se gana al ya filorromano Culchas, rey de los turdetanos, que gobernaba sobre 28 *oppida* (ciudades) y asimismo a Attenes, lo que le permitirá derrotar al poderío cartaginés.

Los hechos fundamentales que marcan esta victoriosa marcha del ejército romano, comandado por el joven P. Cornelio Escipión y por su lugarteniente, el propretor Marco Junio Silano, son la conquista de *Carthago Nova,* ciudad estratégica desde el punto de vista militar y económico, en el 209 a. de C. y las victorias de *Baecula* (Bailén) en el 209-208 a. de C. y de *Ilipa* (Alcalá del Río) en el 207 a. de C.

La toma de *Iliturgi* (Mengíbar, Jaén) y la entrega de *Cástulo* (Cazlona) en la importante zona minera del Alto Guadalquivir, completan la expulsión de los cartagineses de la Península. Su último baluarte, la antigua fundación fenicia de *Gades,* negociará en el 206 a. de C. su propia entrega a los romanos.

Conseguido el objetivo fundamental. Roma cambia de perspectiva con relación a la Península. Su política en los años sucesivos tiende tanto a la sumisión y control del territorio conquistado como a la explotación de los recursos existentes en la zona de su influencia (1).

De este doble fenómeno, que se proyectará años después en una adecuada organización administrativa, existen incluso manifestaciones en las últimas medidas tomadas por el joven Publio Cornelio Escipión antes de su marcha a Roma para presentarse a las elecciones de cónsul.

Varios hechos demuestran este cambio de actitud. Ante todo, la fundación de la ciudad de

CONQUISTA DE HISPANIA POR LOS ROMANOS

- Territorios conquistados hasta el año 197 a.C.
- Territorios conquistados hasta el año 29 a.C.
- Territorios conquistados hasta el año 154 a.C.
- Dirección de las principales campañas romanas
- Campañas lusitanas
- Campañas de Viriato
- Asedios importantes

G. Llorente

Vista general del anfiteatro romano de Mérida

Itálica (Santiponce, Sevilla) por P. Cornelio Escipión, destinada, en principio, a acoger a los heridos de la batalla de *Ilipa* y que pronto se convierte en el primer asentamiento urbano de los romanos en la Península Ibérica.

En la misma dirección apunta la creación de una mínima infraestructura administrativa en el territorio conquistado. Su expresión más gráfica viene dada por la regulación de las relaciones entre Roma y los *oppida* y comunidades indígenas, que se materializa en determinados *status* jurídicos fundamentalmente condicionados por la actitud que estas ciudades y los *populi* habían adoptado frente a Roma.

Así, nos encontramos con que aquellas ciudades que no habían opuesto una tenaz resistencia a Roma y que habían pactado su rendición y entrega, van a entrar en la categoría de *foederatae*, que les garantizaba amplia autonomía administrativa, leyes propias, posibilidades de acuñar moneda y exención de impuestos y de guarnición romana.

Gades se encontraría en esta situación, como queda testimoniado en el *foedus* (pacto) realizado en el 206 a. de C. También Sagunto, Ampurias y probablemente Cástulo.

Frente a estas ciudades, la totalidad de los pueblos y comunidades que habían opuesto resistencia al dominio romano serían catalogados como estipendiarios y obligados, en consecuencia, al pago de un determinado impuesto personal y territorial, dado que su territorio pasaba a ser propiedad del pueblo y del Senado romano.

Uno de los elementos que debieron de incidir en el cambio de actitud romano fueron quizá las amplias posibilidades económicas que ofrecía el territorio conquistado, en un momento en que Roma ha movilizado todos sus recursos y padece una profunda inflación.

Estas posibilidades económicas eran, ante todo, el botín: la guerra, para la *nobilitas* romana es un *negocio* en sí mismo. Esto es claro tanto en la descripción que Polibio nos ha dejado de los beneficios obtenidos tras la toma y saqueo de *Carthago Nova* (en X, 16 y siguientes), como en el sistema que pone en práctica P. Cornelio Escipión a fin de saldar los salarios adeudados a sus tropas amotinadas en *Carthago Nova* en el 206 a. de C., pues serán los ilergetes, sublevados en estos momentos y derrotados, los que tributen las cantidades precisas para acallar las exigencias de las legiones romanas.

Junto al botín o la capitulación de guerra, hay que contabilizar los tributos impuestos a las poblaciones sometidas y la explotación de los importantes yacimientos de minerales existentes en los alrededores de *Carthago Nova* y de *Cástulo*.

La importancia de los tributos puede ser rastreada a través de las acuñaciones monetarias que, hasta cierto punto, atestiguan los propios progresos de la conquista al aparecer el patrón romano en las distintas cecas (lugar donde se acuña moneda).

En cuanto a las explotaciones mineras, puso en práctica durante estos años una explotación directa, estatalizada, bajo el control de los gobernadores, de los principales yacimientos.

De la importancia cuantitativa de las posibilidades económicas del terrotorio conquistado dan idea los ingresos que Livio (28, 38, 5) cataloga como efectuados por P. Cornelio Escipión en el erario romano: 14.342 libras de plata y *signati argentum magnum numerum* (gran cantidad de plata acuñada).

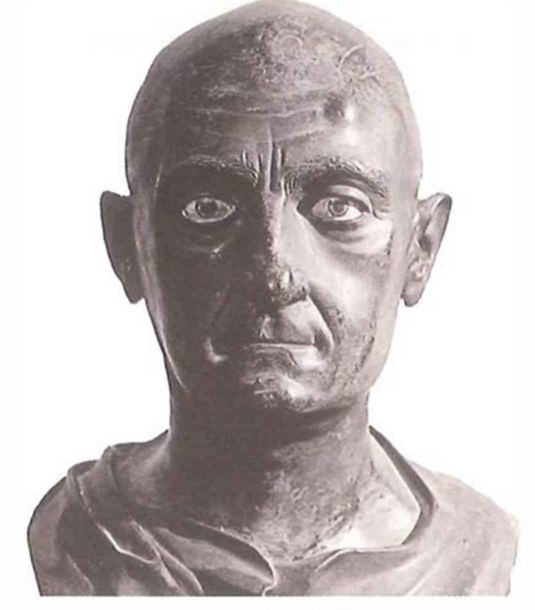
Consolidación

El período comprendido entre la salida de P. Cornelio Escipión hacia Roma, en el 206 a. de C., y el 197 a. de C., en que el Senado afronta la organización administrativa del territorio conquistado, se caracteriza por una continuidad —infringida en ocasiones determinadas— de los principios asentados por el vencedor de Cartago.

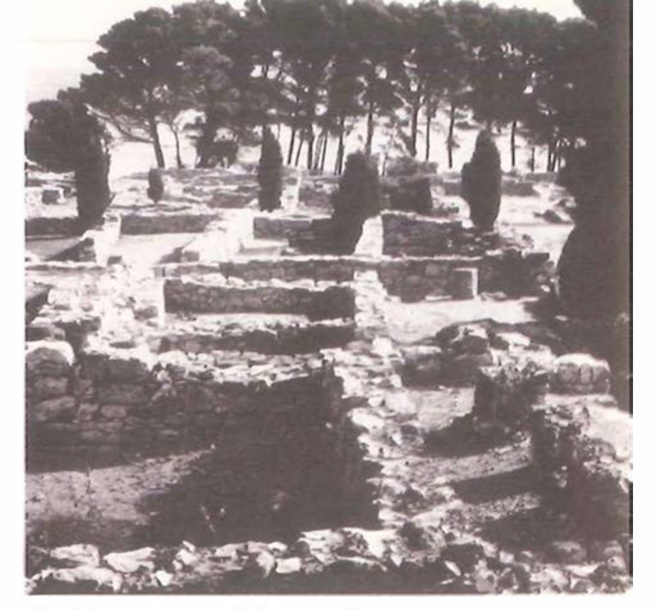
Los sucesores en el mando de las legiones, dos procónsules, reprimen cualquier tipo de sublevación, como la que protagonizan en el 205 a. de C. Indíbil y Mandonio al frente de auseta-

Centurión romano de la época republicana





Busto de Escipión el Africano



Villa de la ciudad romana de Ampurias, Gerona

nos y lacetanos. L. Léntulo y L. Manlio Acidino les vencen y terminan con la vida de ambos reyezuelos. A los sublevados se les impone *un estipendio doble, trigo para seis meses, túnicas y togas para el ejército* (Liv. 29, 1) y la entrega de rehenes de cerca de treinta pueblos.

Esta consolidación del dominio romano posee a veces características preventivas. Así, debilita el poder de algunos régulos al disminuir sus territorios, como ocurre con Culchas, el aliado de P. Cornelio Escipión en la Turdetania, que de 28 ciudades pasa a tener 17. Pero, junto a ello, la continuidad de los principios estipulados por Escipión se proyecta en los beneficios que se obtienen a partir de los recursos económicos que suministra el territorio conquistado.

De este modo tasa Tito Livio los ingresos procedentes de Hispania en el erario romano:

201 a. de C.: 43.000 libras de plata, 2.450 libras de oro.

199 a. de C.: 1.200 libras de plata, 30 libras de oro.

198 a. de C.: 50.000 libras de plata.

Sin embargo, los beneficios económicos no sólo se materializan en metales preciosos. Livio (30, 26, 5), aludiendo al 203 a. de C. afirma:

Se caracterizó este año (...) por el bajo precio de los víveres, no sólo a causa de que por la paz estaban abiertos los puertos de Italia, sino además porque M. Valerio Falto y M. Fabio Buteo enviaron de Hispania una gran cantidad de grano que los ediles curules distribuyeron al pueblo por barrios a razón de cuatro ases (3).

La consolidación del poder romano en Hispania y la explotación de los recursos económicos entre el 206 y el 197 a. de C. se realiza contraviniendo incluso algunos pactos de Roma con las ciudades y comunidades indígenas de la Península Ibérica. El caso más explícito de este tipo de actitud, documentado en las fuentes, es el de *Gades,* que en el 199 a. de C. protestó al Senado romano exigiendo que no se le enviasen más prefectos a la ciudad, pues la misión de éstos era la recaudación de impuestos y eso estaba en contradicción con el *foedus* que tenía con Roma.

La rebelión del 197 a. de C.

En la nueva perspectiva de control y sumisión permanente del territorio ocupado, que se inicia a partir del 206 a. de C., los acontecimientos del 197 a. de C. adquieren especial relevancia.

Es precisamente ese año cuando el Senado romano normaliza administrativamente la zona sometida, procediendo a formar en la misma dos provincias: *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior,* según su mayor o menor proximidad a Roma (4). Para proveer de magistrados a estas dos nuevas circunscripciones provinciales, el Senado elevó de cuatro a seis el número de pretores existentes.

Entonces en el año 197 a. de C. se produce una importante sublevación que describe de esta forma Tito Livio:

Terminada apenas la guerra de Filipo (...), estalló en la Hispania Ulterior una gran sublevación. M. Helvio, que regía esta provincia, comunicó al Senado que los reyezuelos Culchas y Luxinio habían tomado las armas; con Culchas 17 ciudades; con Luxinio las poderosas ciudades de Carmo y Bardo, así como en la costa Malaca y Sexi y toda la Beturia y que los que aún no habían descubierto sus ánimos no habían de tardar en alzarse y unirse a sus vecinos (33, 21, 6).

Esta revuelta se extendió por la Hispania Citerior, ya que el pretor de esta última, C. Sempronio Tuditano, se enfrentó a una coalición de tribus que le infringió una dura derrota, en la que pereció.

Si nos atenemos a la política puesta en práctica por el poder romano entre el 206 y el 197 a. de C., las causas de esta revuelta no son difíciles de adivinar: tanto la explotación económica como la vulneración de los acuerdos pactados y los intentos de debilitar el poder de los reyezuelos hubieron de fomentar la tensión indígena contra los nuevos conquistadores que al principio se presentaron como los liberadores de la opresión cartaginesa.

De tal magnitud fue la sublevación que durante el 197 y el 196 a. de C. las legiones romanas sufrieron graves derrotas. El Senado tuvo entonces que enviar a Hispania un ejército consular compuesto por dos legiones, 15.000 aliados latinos y 800 jinetes con 20 naves de guerra. Al frente estará uno de los cónsules del 195 a. de C., M. Porcio Catón, el acérrimo enemigo de los Escipiones.

Si a estos contingentes sumamos las legiones de los pretores de cada una de las dos provincias, además de nuevas tropas de infantería y caballería, hemos de concluir que los romanos contaban en estos momentos en Hispania con una maquinaria bélica que oscilaría entre los 52.000 y los 70.000 hombres.

Represión de la revuelta

La actividad de M. Porcio Catón, centrada en la represión del levantamiento y en la normalización del dominio romano en Hispania, es a la vez militar y administrativa.

A su llegada, la situación era muy crítica para Roma, hasta el punto de que sus tradicionales apoyos en el noroeste hispano, es decir, las colonias griegas, habían sido sometidas por los sublevados, como ocurría con Rosas, o estaban amenazadas por los indígenas, caso de Ampurias, dentro de la cual vivían dos comunidades, la griega y la aborigen, separadas por un muro y la sublevación de ésta amenazaba a aquélla.

Tras recuperar Rosas, el cónsul romano fue a Ampurias y a unos 5 kilómetros de la ciudad derrotó a la coalición de tribus sublevadas, la casi totalidad quizá de los pueblos del noroeste peninsular, excepto los ilergetes, beligerantes antes y ahora partidarios de los romanos.

Los efectos de la victoria de M. Porcio Catón no se hicieron esperar: en su marcha hacia *Tarraco* recibió legaciones de las diferentes tribus que se apresuraban a ofrecer la rendición de sus ciudades, a excepción de los bergistanos, en los alrededores de la actual Berga, que hubieron de ser sometidos por la fuerza.

La entrega de las armas y la destrucción de las fortificaciones de sus ciudades fue la condición que se les impuso para aceptar esta *pacífica* sumisión. Tito Livio (34, 18) justifica la medida:

A la hora de someter a los enemigos, Catón se enfrentaba con mayores dificultades que los que vinieron primero a Hispania, ya que los hispanos, por odio al dominio cartaginés, se pasaban a los romanos, mientras que ahora debían ser reducidos a servidumbre, perdiendo su acostumbrada libertad.

Tras sus éxitos en la Hispania Citerior, M. Porcio Catón fue a la Ulterior, donde la represión del levantamiento, que encabezaban Culchas, Luxinio, *Malaca*, *Sexi*, etcétera, y que se extendía por toda Beturia, había sido iniciada ya por el pretor de esta provincia, Apio Claudio Nerón,

Detalle del mosaico cósmico *de Mérida*





Orden superior de la escena del teatro de Mérida

reforzado por el de otra circunscripción administrativa, Publio Manlio.

Según los historiadores romanos, la acción del cónsul no fue tan contundente en el sur como en el noroeste, ya que se limitó a infructuosos intentos de lograr la deserción de los mercenarios celtíberos que luchaban en el ejército turdetano.

Dos hechos más completan la actividad militar de M. Porcio Catón en Hispania: el primero —que es el primer enfrentamiento directo del ejército romano contra los celtíberos— es la toma de *Saguntia* (Sigüenza) y algunas escaramuzas en los alrededores de Numancia. El segundo, la sumisión de los lacetanos, en los alrededores de Solsona, de nuevo sublevados.

Estos éxitos militares se acompañaron de una no menos relevante actividad administrativa, consistente en evitar nuevos levantamientos mediante el desarme y la destrucción de las fortificaciones y regular la situación impositiva: *impuso un gran tributo sobre las minas de hierro y plata,* asegura Tito Livio (34, 21).

Estas dos facetas proporcionarán importantes beneficios económicos en concepto de botín —el propio Catón se jactaba de haber tomado más ciudades que días pasó en Hispania (Plutarco, *Catón,* 10)— o de tributos que engrosaban el erario romano: 25.000 libras de plata en lingote, 123.000 denarios, 540 libras de plata oscense y 1.400 de oro. El propio ejército romano se enriqueció, al margen del salario, con una guerra *que se alimenta a sí misma* (Livio, 34, 9): cada soldado recibirá, en concepto de *donativo,* una libra de plata.

Las operaciones militares que Roma efectúa en la Península Ibérica en los años inmediatamente posteriores al consulado de M. Porcio Catón tienen como objetivos fundamentales la represión de revueltas —como la del 194 a. de C. en la provincia Citerior—; la conquista de algunas *bolsas* rodeadas por territorio sometido al dominio romano —como ocurre con la Bastetania en campañas desarrolladas en el 193 y 191 a. de C.— y, finalmente, una ampliación territorial.

Esta ampliación tiende a crear un territorio protector de las zonas conquistadas y pacificadas para evitar las continuas *razzias* del *bandolerismo* lusitano hacia el fértil valle del Guadalquivir. Las legiones romanas siguen primero la línea del Guadiana y luego hasta el Tajo. En el este de la Península el objetivo fundamental de las actividades militares se centra en la conquista del territorio comprendido entre el Ebro y el Júcar, donde consiguen importantes victorias entre el 182-181 a. de C.

Para realizar estos objetivos, Roma enviará millares de soldados, volumen condicionado por las necesidades de la guerra contra Antioco III (192-188 a. de C.). Livio nos ha legado información sobre los envíos de tropas que Roma realiza en estos años:

Año	Soldados romanos	Soldados aliados
193 a. de C.	6.200	10.400
191 a. de C.	2.201	4.400
189 a. de C.	2.050	8.400
188 a. de C.	—	6.400
186 a. de C.	3.200	21.300
184 a. de C.	4.300	5.500
182 a. de C.	4.200	7.300
181 a. de C.	3.200	6.300

Además de las legiones, los gobernadores romanos de las dos provincias utilizaron otros procedimientos para alcanzar su objetivo. Así el del L. Emilio Paulo que, investido de poder proconsular, hizo frente en la Ulterior a incursiones de lusitanos que se apoyaban en algunas ciudades de la orilla izquierda del Guadalquivir, entre ellas, Asta. En el 190 a. de C., L. Emilio Paulo derrotó, junto al Betis, a los lusitanos (5).

Tanto las operaciones militares como la ampliación territorial produjeron, como en años anteriores, importantes ingresos en el erario romano que Tito Livio registra:

191 a. de C.: 1.200 libras de plata, 127 libras de oro y 130.000 denarios.

185 a. de C.: 16.300 libras de plata, 132 libras de oro, 52 coronas de oro, 10.000 libras de plata y 80 coronas de oro.

184 a. de C.: 24.000 libras de plata y 166 libras de oro.

183 a. de C.: 9.320 libras de plata y 149 libras de oro.

180 a. de C.: 124 coronas de oro, 31 libras de oro y 133.200 denarios de Osca.

La pacificación de Graco

Como gobernadores de la provincia Citerior y Ulterior fueron designados para el año 180 a. de C., respectivamente, T. Sempronio Graco y L. Postumio Albino, que prorrogaron su mandato durante el 179 a. de C.

De la actividad de Graco durante estos dos años, en íntima colaboración con el gobernador de la Ulterior, interesa destacar la prosecución de las actividades militares que, aunque se materializan en acciones aisladas al sur del Betis, como la conquista de *Munda* (Montilla) y *Cartima* (Cártama, Málaga), se proyectan especialmente hacia el norte, partiendo del Alto Guadalquivir: en la Carpetania primero, donde conquista *Alce* (cerca de Campo de Criptana) y logra someter al reyezuelo Thurro; en la Celtiberia después, con las victorias de *Complega* y *Mons Chaunus* contra los celtíberos. Amplia proyección histórica tendrá la actividad administrativa: funda o reconstruye ciudades como *Gracchurris* (actual Alfaro, en la orilla derecha del Ebro) e *Iliturgi* (Mengíbar, Jaén) y realiza tratados con los celtíberos que Apiano *(Iber.* 43) describe así:

Dividió las tierras entre los pobres y los estableció allí (en Complega) *y fijó a los pueblos de aquella región leyes minuciosas con cuya observación serían amigos de los romanos; dio y recibió juramento que en las guerras posteriores muchas veces fueron deseados...*

Entre las cláusulas de estos tratados —cuyo incumplimiento motivaría posteriormente las guerras celtíberas, destaca la obligación de que las ciudades celtíberas pagasen anualmente a Roma un determinado tributo—, al mismo tiempo facilitarían al ejército romano contingentes militares, se comprometerían a no levantar nuevas ciudades y, quizá, a no fortificar las existentes.

Con la acción de Tiberio Sempronio Graco se pusieron las bases, si no de una total pacificación, de una mayor consolidación y tranquilidad en los dominios romanos de Hispania en los treinta y tres años siguientes —178 a 154 a. de C.—. Estos dominios abarcarían, según Roldán, la zona comprendida al sur de la línea que uniría los Pirineos occidentales, Calahorra, curso alto del Duero-Tajo (al oeste de Toledo) y curso medio del Guadiana hasta su desembocadura.

El período inmediatamente posterior al gobierno de Tiberio Sempronio Graco —que aportó al erario 40.000 libras de plata mientras que L. Postumio Albino ingresaba 20.000— son de relativo sosiego en operaciones militares.

Durante estos años prosigue la explotación de los recursos de la Península, como se pone de manifiesto en los ingresos en el erario en el 174 a. de C. —10.000 libras de plata, 5.000 libras de oro— y en el 168 a. de C. —10 libras de oro y 1.000.000 de sextercios— y en las extorsiones de los gobernadores contra los provinciales hispanos.

Sin embargo, incluso en este período dominado por la conquista y la explotación económica, se producen otros hechos de diferente dimensión histórica. El más interesante, la fundación de una colonia latina en *Carteia*, en el 171 a. de C., en la que se asentarían los hijos de las mujeres hispanas y de soldados romanos, junto con los indígenas que lo desearan.

NOTAS

(1) La esfera de dominio e influencia romana en el 206 a. de C. abarcaba dos zonas plenamente diferenciadas, unidas por una estrecha franja en la costa oriental, cuyos núcleos urbanos más importantes eran las ciudades de *Saguntum, Dianium* (Denia), *Lucentum* (Alicante) y *Carthago Nova*. En el noroeste de la Península los romanos controlaban desde los importantes puntos de apoyo de *Tarraco* y *Emporiae* a aquellos pueblos, como los ausetanos y lacetanos que se encontraban asentados entre los Pirineos y el Ebro en el territorio limítrofe a la costa, con una penetración hacia el interior que, probablemente, llegaría hasta *Osca* (Huesca) y *Salduba* (Zaragoza), donde habían alcanzado, primero la alianza y posteriormente la sumisión de la poderosa tribu de los ilergetes. En el sur, el límite máximo de penetración romana estaba constituido por el curso del Betis, quedando en el interior de la actual Andalucía zonas importantes donde aún no habían llegado las legiones romanas.

(2) La libra romana equivale a 327,45 gramos.

(3) El as era la unidad monetaria romana.

(4) La Citerior ocuparía la zona noroeste de la Península, extendiéndose concretamente al norte de Baria (Vera, Almería) por la costa oriental, con penetración hacia el interior por el valle del Ebro. La Ulterior comprendería la parte meridional de la Península Ibérica, al sur de Sierra Morena *(Saltus Castulonensis)*. El límite entre ambas provincias quedaría fijado por el río Almanzora.

(5) Asta, en la actual Mesas de Asta, ejercía su dominio sobre la comunidad existente en la *Turris Lascutana*. Tras vencer a los lusitanos, C. L. Emilio Paulo decretó la libertad de los siervos de la citada *Turris*, que en adelante poseerían la tierra y la ciudad que habitaban. De esta disposición se conserva el texto epigráfico, primer testimonio de este género del dominio romano en la Península.


Guerrero celtíbero en la decoración de un vaso cerámico

Los celtíberos

Por Nicolás Marín Díaz
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Granada

LOS autores greco-latinos —Polibio, Livio, Estrabón, Plinio y Ptolomeo— que hablaron por vez primera de los pueblos celtíberos de la Península Ibérica y de su territorio, la Celtiberia, no se ponen de acuerdo sobre los pueblos que fueron celtíberos y sobre los límites geográficos de su territorio.

La moderna historiografía considera, de una manera más o menos unitaria, que los pueblos celtíberos formaron una gran confederación tribal en la que estuvieron los lusones, titos, belos, arévacos y pelendones, aunque en ciertos momentos de su historia esa confederación pasase por avatares diversos que introdujeran la división y el enfrentamiento entre sus miembros o, en algunas ocasiones, su disolución, bien por causas externas o internas.

En cuanto al problema del territorio ocupado por estos pueblos, es decir, qué parte de la Península Ibérica fue la Celtiberia, tenemos bastantes dificultades para resolverlos.

En primer lugar, poseemos pocos datos sobre el territorio ocupado por cada una de las tribus celtíberas; en segundo lugar, esos datos son muchas veces contradictorios, y, en tercer lugar, la movilidad de estos pueblos contribuye a complicar el panorama.

No obstante, podemos decir que la Celtiberia estuvo situada entre las líneas que marcan los valles de los ríos Jalón y Jiloca, las márgenes derecha del Ebro y cuenca alta del Duero y la alta llanura occidental de lo que hoy conocemos como meseta norte.

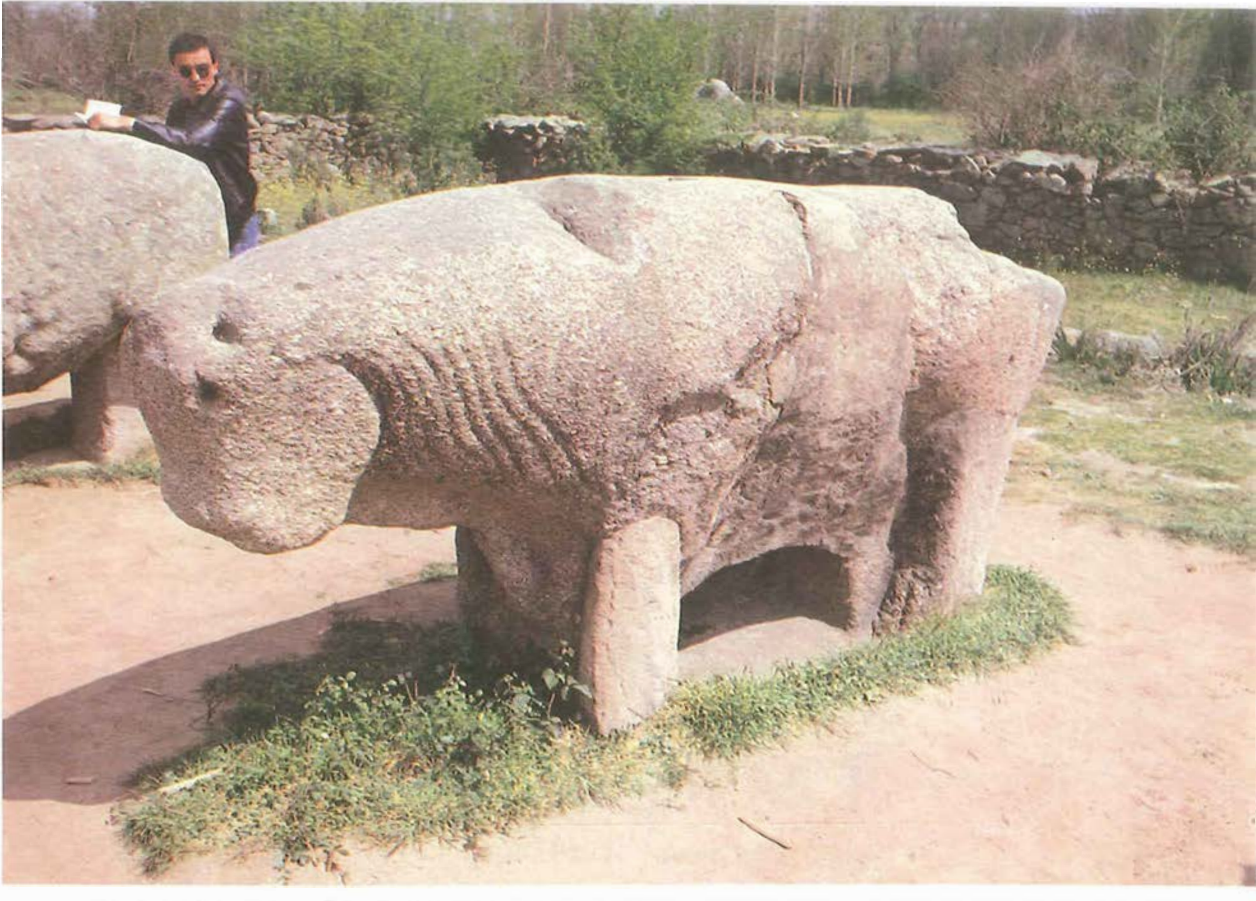
Indudablemente, el conocimiento de los pueblos celtíberos nos viene proporcionado por los datos de los autores romanos al narrar su conquista de la Península y el comportamiento que los pueblos indígenas adoptaron en consecuencia.

Además, la organización administrativa de Roma sobre los territorios conquistados ha servido para dividir a los pueblos celtíberos en citeriores y ulteriores, según pasasen a formar parte de la *provincia hispana citerior* o de la *provincia hispana ulterior*. De este modo, lusones, titos y belos suon celtíberos citeriores, y arévacos y pelendones, celtíberos ulteriores.

Lusones

Según el geógrafo de origen griego Estrabón, el pueblo celtíbero de los lusones estaba situado en la parte más oriental de la Celtiberia. Habitaban, concretamente, la región montañosa de la sierra de Albarracín, donde nace el río Tajo.

No pueden precisarse exactamente los límites de este territorio. Pero se acepta, por lo general, que pertenecieron a los lusones las ciudades de *Contrebia* (cerca de la actual Daroca), *Bilbilis* (vecina de Calatayud) y *Nertóbriga* (cerca posiblemente de Calatorao).



Uno de los cuatro toros de Guisando, *arquetipos de escultura autóctona peninsular* (arriba). *Muestra de varios artículos elaborados en cerámica hallados en Numancia* (página de la derecha)

Se trata de los únicos datos que fijan, aunque de forma precaria, la ubicación de esta tribu.

Los lusones formaron, junto a los otros pueblos, la gran confederación celtíbera. Muchas veces se mezclaron con los demás y por ello es difícil encontrarlos de manera independiente del resto.

Belos y titos

Belos y titos serían unidades tribales autónomas. Pero es difícil hacer su estudio independientemente, porque los autores greco-latinos mencionan unidos a ambos pueblos.

Como se sometieron enseguida, los romanos han dejado escasas referencias escritas sobre ellos. Se considera que la ciudad de *Segeda,* la actual Belmonte, fue su centro urbano más importante. Pero no podemos limitar el territorio que ocuparon, no sólo por las dificultades antes reseñadas, sino porque las referencias que sobre el particular tenemos son de lo más confuso y contradictorio.

Belos y titos debieron de ocupar la zona más occidental de la llamada Celtiberia citerior. Los belos estarían situados al norte y los titos al sur.

Arévacos

Este pueblo formó, junto a los pelendones, el grupo de los celtíberos ulteriores y presenta similares problemas de localización que los anteriores grupos.

Entre las ciudades que se consideran arévacas podríamos destacar: *Clunia* (Peñalba de Castro), *Segontia* (Sigüenza), *Veluca* (Calatañazor) y *Uxama* (Osma).

Los arévacos ocuparían la alta cuenca del río Duero, entre las sierras de la Demanda, Urbión y Cebollera, es decir, la parte más meridional de la actual provincia de Soria.

Según el naturalista romano Plinio, los arévacos recibieron su nombre del río *Areva.* Su localización es difícil, pero, por similitud fonética, podría tratarse del Araviana.

Pelendones

Las primeras referencias escritas sobre este pueblo son bastante posteriores en relación a las que mencionan a los arévacos. Hay que considerar, sin embargo, que las intensas relaciones entre ambos pueblos pudieron hacer omitir los









pelendones a los historiadores antiguos y citar solamente a los arévacos entre los pueblos celtíberos ulteriores.

Los pelendones ocuparían la parte más septentrional de la provincia de Soria, territorio fundamentalmete montañoso y pobre. Los arévacos quedarían situados por debajo de ellos.

Entre las ciudades que se atribuyen a los pelendones sobresale la de *Numantia,* por su heroica gesta, así como las de *Augustobriga y Savia* (Soria) (*).

Formas económicas

Entre la Celtiberia citerior y la ulterior hubo grandes diferencias respecto a las condiciones para poder desarrollar los medios de vida. Diferencias tan sensibles que podría hablarse de

(*) En la época de las guerras celtibéricas, según Schulten, la mayor parte del territorio de los pelendones había sido ocupado por los arévacos. De ahí que estas ciudades se citen e ocasiones como arévacas. Después de las guerras, los romanos, en un esfuerzo por desintegrar a los vencidos, devolvieron esos territorios a sus antiguos ocupantes.

una Celtiberia rica, la citerior, y otra pobre, la ulterior.

En términos generales, ambas regiones se sustentaban en la ganadería, práctica económica que estaría ayudada por una agricultura cerealística pobre y otras actividades de menos importancia.

Todos los autores greco-latinos coinciden en señalar la abundancia de bosques en Celtiberia. Esto nos permite deducir que fue una riqueza utilizada por los pobladores, bien a través de la caza de muy diversas piezas que habitaban en esos bosques —ciervos, jabalíes, osos, lobos, etcétera—, bien por las excelentes condiciones de los pastos naturales que fomentaron la existencia de ganadería vacuna, ovina e incluso equina como principal fuente de riqueza.

El poeta Marcial, natural de esta región, ponderó en sus versos la riqueza de la Celtiberia citerior. Según Marcial, hubo también una próspera metalurgia del hierro en la zona que se extraía del mismo Moncayo, además de una gran abundancia de plata, como lo atestiguan las múltiples referencias a los tesoros exigidos por los romanos durante su conquista, a manera de impuestos sobre los pueblos indígenas.

En cuanto a las formas de propiedad establecidas sobre las diferentes fuentes de riqueza, hay que entender que vinieron condicionadas por la forma de organización social de estos pueblos, que a su vez estuvo determinada por la distribución de la propiedad.

Dominó en estos pueblos la organización tribal o gentilicia, por lo que podría hablarse de unos sistemas de propiedad donde el suelo se consideraba de uso colectivo para la comunidad.

No obstante, como muchos de estos terrenos se dedicaban al pastoreo y parece que el ganado era propiedad privada, el resultado sería que los propietarios de ganado utilizaban los pastos, pero los que no tenían reses no los utilizaban, con lo que su pobreza era extrema.

En el momento en que Roma empieza a tomar contacto con los celtíberos hay, por tanto, unas minorías de propietarios ganaderos que podían usar todo el territorio tribal para alimentar a sus ganados y una masa de desheredados que paulatinamente iniciaron trabajos agrícolas para subsistir al no poseer ninguna clase de ganado.

Estos sectores de población que empezaban a dedicarse a la agricultura debieron tener roces y enfrentamientos con los ricos ganaderos, que veían disminuidos sus pastos y, en consecuencia, las posibilidades de alimentación de sus ganados.

Suele caracterizarse a cada uno de los pueblos que formaron la confederación tribal celtibérica con una actividad económica concreta, derivada fundamentalmente por el tipo de territorio que ocuparon.

Así se estima a los pelendones como pueblo eminentemente pastoril y a sus vecinos los arévacos, que poblaban tierras menos inhóspitas, dedicados a actividades agrícolas-ganaderas.

Frente a estos celtíberos, los de la citerior, en mejores condiciones para el contacto con otros pueblos de la Península, concretamente los iberos del Levante, transformaron sus primitivas formas económicas por influencia de sus vecinos, con los que intercambiaban productos.

Esto daría lugar a una división en la economía de los celtíberos, de modo que puede hablarse de aislamiento económico en arévacos y pelendones y de economía abierta a influencias externas en los lusones, belos y titos.

Organización social

Sin duda alguna fueron los vínculos gentilicios el denominador común de la sociedad celtibérica. Esto quiere decir que el funcionamiento de la sociedad se articuló a partir de las unidades sociales básicas.

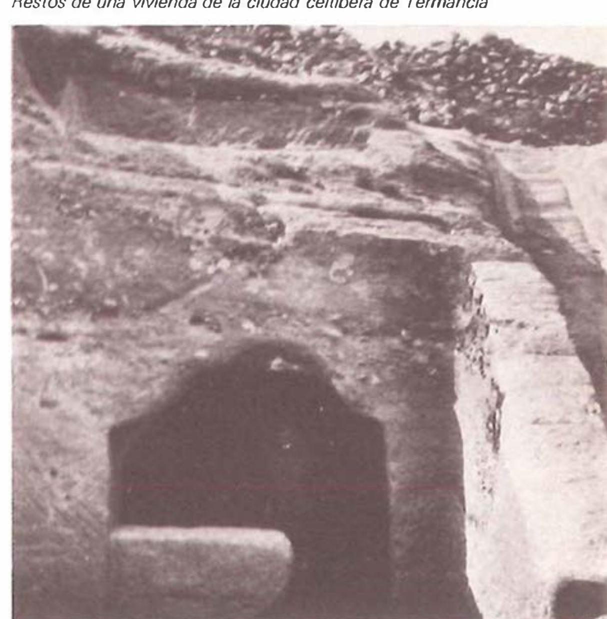
Estas unidades básicas fueron las *gentilitates* y las *gentes*, equivalentes a los clanes y las tribus, respectivamente.

Las *gentilitates*, unidad inferior, englobaban a un conjunto de individuos unidos por lazos de sangre y con un antepasado común. Entre ellos se establecían un conjunto de derechos y deberes que obligaban a todos por igual.

Las prácticas religiosas eran comunes y el territorio en el que se asentaban se consideraba propiedad colectiva; todos, por tanto, tenían derecho a él.

Estas unidades inferiores se unían y reproducían su funcionamiento en unidades superiores, las *gentes*, que a su vez se unían para formar federaciones o grupos más complejos y numerosos que serían los que los romanos denominaron pueblos.

Restos de una vivienda de la ciudad celtíbera de Termancia





Localización geográfica de las poblaciones peninsulares a comienzos de la conquista romana

Esta sociedad se expresaba colectivamente a través de una serie de instituciones políticas. Cabe destacar la asamblea popular, órgano que englobaba a los adultos del pueblo y donde se tomaban decisiones sobre los temas que preocupaban a la colectividad.

Organo más restringido que la asamblea popular era el formado por los jefes de las *gentilitates* o ancianos del pueblo, que en ocasiones suplantó a la samblea en capacidad de decisión. Por ello hay en las fuentes escritas distintas referencias en cuanto a las competencias de uno y otro órgano.

Debieron existir también ciertos cargos unipersonales que los romanos llamaron reyes o jefes militares y que compartirían el poder político con la asamblea y el consejo de ancianos.

Poco a poco fue desapareciendo el poder colectivo entre los celtíberos, reemplazado por poderes más restringidos, aristocráticos o de jefatura individual.

El *hospitium* y la *clientela* caracterizaron muy especialmente a la sociedad celtibérica. El *hospitium* era un pacto por el que individuos aislados o grupos gentilicios eran admitidos en otro grupo gentilicio como miembros de éste, adquiriendo los derechos y deberes del grupo. Se trataba de una forma de hospitalidad para un período de tiempo o toda la vida.

La *clientela* era el vínculo personal que un conjunto de individuos mantenían con los jefes guerreros, con lo que se convertían en clientes de éstos. La relación de dependencia de los clientes respecto a los jefes tenía fuertes connotaciones militares; podría hablarse incluso de ejércitos privados.

Cuando la *clientela* poseía características religiosas se denominaba a la relación *devotio.*

En esta época la sociedad celtibérica comenzó a modificar sus pautas de convivencia: dejó de ser igualitaria y empezaron a brotar claras diferencias sociales entre sus miembros.

Su contacto con los romanos propició nuevas formas sociales que aceleraron el propio proceso interno de cara al establecimiento de grupos perfectamente diferenciados. También se activó la extensión de la propiedad privada y, por tanto, la existencia de grupos desheredados que optaron por convertirse en bandoleros o mercenarios al servicio del ejército romano o de cualquier otro grupo militar que les ofreciera posibilidades de subsistencia.

Las ciudades

Hemos mencionado algunas ciudades que fuentes escritas y excavaciones arqueológicas han revelado ser centros de los pueblos celtíberos. Pero ese término de ciudad es impropio. La mayoría de estos núcleos fueron simplemente pequeños enclaves urbanos, situados en alto para mejor defensa, rodeados en su mayoría de murallas y con unas edificaciones interiores desordenadas, donde no existía siquiera un lugar central que hiciese las veces de plaza pública o de centro de reunión de los habitantes.

Entre los distintos términos utilizados para distinguir los núcleos urbanos de los celtíberos cabría destacar los de *civitates, vici* y *castella,* que corresponderían aproximadamente a los de ciudades, caseríos y castillos. Cada uno, referido a diversas realidades urbanas, según tamaño, funciones, situación y distribución, donde los celtíberos vivieron permanente o transitoriamente.

Por todo lo expuesto podemos concluir diciendo que los celtíberos no fueron pueblos que vivieron en ciudades. Básicamente hay que considerarlos pobladores de un hábitat disperso y de unidades fundamentalmente rurales.

Cultura

Las excavaciones arqueológicas en asentamientos celtibéricos han exhumado los elementos de la vida cotidiana en Celtiberia. Cabría mencionar, entre otros muchos, las abundantes muestras de distintos tipos de cerámica a torno y cocida, siguiendo diversas técnicas que aparecen en necrópolis u otras excavaciones.

Jarro numantino con la decoración de la esvástica



En la actualidad podemos distinguir tres tipos de piezas de cerámica: la cerámica doméstica, hecha de pasta carbonosa, que dio unos vasos oscuros, lisos y sin demasiada perfección; los vasos grises de hechura más cuidada, decorados con estampaciones de círculos concéntricos a punzón; y; por último, los finos vasos rojos de superficie pulimentada sobre la que se pintaban con óxido de hierro muchas figuras negras.

El apartado arquitectónico entre los celtíberos carece de importancia. Nos encontramos más bien con tipos de edificaciones que sólo pretenden servir de ayuda en su lucha con el medio hostil, sin pretensión estética alguna.

Igualmente, la escultura se limitó a la fabricación de humildes figuritas para satisfacer necesidades religiosas.

Estudiando las pinturas sobre cerámica se conocen los tipos de vestido que usaron los celtíberos. Sobresalía el *sagum,* especie de tosca túnica confeccionada con lana de oveja, que servía para cubrir desde los hombros hasta las corvas. La prenda se completaba con un calzón corto y sandalias de suela de cáñamo, sujetas a los tobillos con cuerdas cruzadas.

El pelo solían llevarlo largo y ceñido a la frente con cintas de cuero. Se adornaban con collares y brazaletes de bronce, aunque, excepcionalmente, se hayan encontrado algunos de hierro.

Las mujeres vestían de forma muy parecida a los hombres, aunque los colores de sus *sagum* solían ser claros frente al oscuro de los hombres. Sus peinados variaban también un poco, igual que los adornos.

Religión

El sistema religioso celtibérico estaba dominado por el culto a los astros y a las distintas fuerzas de la naturaleza. Numerosas prácticas rituales se hacían en honor del Sol y de la Luna con fiestas colectivas, donde toda la población participaba para honrar a la fuerza oculta que representaban el Sol y la Luna.

También el cielo era tenido como morada de los dioses y se reconocía su poder religioso, Montañas y bosques eran igualmente sagrados y objeto de consideración religiosa.

Aparte estas prácticas, los celtíberos honraron a divinidades concretas, a las que asociaron con distintos poderes. Por ejemplo, la diosa *Epona* o diosa de las caballerizas. La representación de animales como dioses recordaría la importancia de los mitos de origen totémico.

Verdaderos centros de culto no se han encontrado en la Celtiberia. Cabe pensar, sin embargo, que existieron lugares donde la religiosidad de los celtíberos se proyectó colectivamente y a donde se dirigían a practicar sus ritos ofreciendo exvotos, de los que las excavaciones arqueológicas nos han proporcionado muestras.



La guerra de Numancia

Por José Manuel Roldán Hervás
Catedrático de Historia Antigua. Universidad de Granada

CON el nombre de guerras celtíberas o numantinas se etiqueta un período de veinte años (153-133 a. C.) de campañas y operaciones bélicas intermitentes que acabó con el sometimiento a Roma de las tribus del alto y medio valle del Duero y su integración en la Hispania Citerior.

Simultáneamente, en los márgenes de la Hispania Ulterior, bandas de lusitanos y vettones invadieron en incursiones de largo alcance los territorios comprendidos entre el Guadiana y el Guadalquivir.

Ambas guerras, personificadas en los nombres de Numancia y Viriato, dominaron la política exterior de Roma, al menos entre el 146 y el 133 a. C. El gran relieve del tema atrajo el interés de los historiadores antiguos como Apiano, en sus *Ibérica,* y de los modernos. Las investigaciones de éstos, sumadas a las fuentes de la época, permiten un aceptable conocimiento de la contienda.

Origen de la guerra

De no cambiar las directrices de la dominación romana, tenía que ser efímera la paz impuesta en el 179 a. C. por T. Sempronio Graco en la Hispania Citerior. Así, el fracaso de la política exterior romana, con un sistema provincial incapaz de gobernar los extensos territorios del imperio, deterioró las cláusulas de los pactos de Graco (1).

En la Celtiberia exterior, el *casus belli* surgió del confuso asunto protagonizado por la ciudad de *Segeda,* de la tribu de los belos, en los alrededores de Calatayud.

Esta tribu, con el resto de las que integraban la Celtiberia Citerior, quedaba obligada, por tratado formal de dependencia, al pago de un tributo cuando así lo exigieran los romanos, a proporcionar tropas auxiliares y a abstenerse de levantar nuevas plazas fuertes.

En cambio, las tribus de la Celtiberia Ulterior, que ocupaban el alto curso del Duero, los arévacos, cuyos centros urbanos principales eran Numancia y Termancia, se mantenían independientes y ligados a Roma sólo por una relación laxa, que les consideraba *amigos* y *libres.*

En 154 a. C., *Segeda* decidió ampliar su ciudad y sus fortificaciones para albergar a comunidades de los alrededores. Esto tenía riesgo de complicaciones si los grupos que rechazaban el agrupamiento decidían recurrir a los romanos. Independientemente del carácter y finalidad del agrupamiento, la simple voluntad de realizarlo en esa zona periférica donde se había impedido formar agrupaciones políticas era una ame-

naza para la paz de la provincia, por lo que el Senado lo prohibió.

En vano protestaron los segedanos y de nada sirvieron las argumentaciones de su portavoz Caro. Convencidos de que sus propósitos no alteraban los tratados, no renunciaron a ellos y entonces el Senado replicó declarando la guerra a los segedanos y sus aliados.

Roma, en vez de enviar al pretor de turno con el ejército correspondiente a su grado —unos 12.000 hombres entre legionarios y tropas auxiliares— decidió encomendar la dirección de la guerra a Fulvio Nobilior, uno de los cónsules del 153 a. C., con una tropa de 30.000 soldados.

Ese año, por vez primera en la historia de Roma, los cónsules juraron su cargo el 1 de enero en lugar de la fecha acostumbrada del 15 de marzo para que el encargado de las operaciones de Hispania llegase a su destino antes de que lo avanzado de la estación redujera el tiempo adecuado para efectuar las operaciones. A partir de entonces esa fecha indicaría el comienzo del año.

La matanza del río Baldano

La aparición en la región de *Segeda* de tan considerable ejército obligó a los desprevenidos indígenas a abandonar casas y bienes y refugiarse en la Celtiberia Ulterior, donde pidieron a los arévacos que sirvieran de mediadores.

Empeño inútil, porque Fulvio Nobilior exigía la rendición sin condiciones y la entrega de armas de los refugiados. Por ello, segedanos y arévacos concluyeron una alianza bajo la dirección de Caro, portavoz de *Segeda.*

Tres días después, el 23 de agosto del 153 a. C., fiesta romana de las *Vulcanalia,* en honor del dios Vulcano, tenía lugar el enfrentamiento armado a 15 kilómetros al sur de Numancia, en el valle del río Baldano, pequeño afluente del Duero.

Los celtíberos dispersaron a los romanos y abatieron a 6.000 legionarios, más de los efectivos de una legión. Pero al salir en persecución de los fugitivos, los celtíberos tropezaron con la caballería romana que les causó no menos de 6.000 muertos, el cabecilla Caro entre ellos.

Perdida la iniciativa, los celtíberos buscaron refugio en los espesos muros de Numancia, el núcleo urbano más grande de los arévacos. Hasta allí les persiguió Nobilior, que levantó un campamento, resuelto a lograr la rendición definitiva (2).

La llegada de refuerzos enviados por el príncipe cliente africano Massinisa, entre los que había diez elefantes, alentó a Nobilior a atacar la ciudad. Los indígenas, asustados al contemplar esos animales por vez primera, se replegaron. Pero una piedra lanzada desde las murallas hirió a uno de los animales, que enloquecido se precipitó sobre los propios romanos.

Aprovechándose del desconcierto, los indígenas produjeron otros 4.000 muertos en las fuerzas romanas. Estas, reducidas a la mitad de sus efectivos y obligadas a permanecer durante el invierno en territorio hostil, con frío riguroso y dificultades de abastecimiento, estaban desmoralizadas.

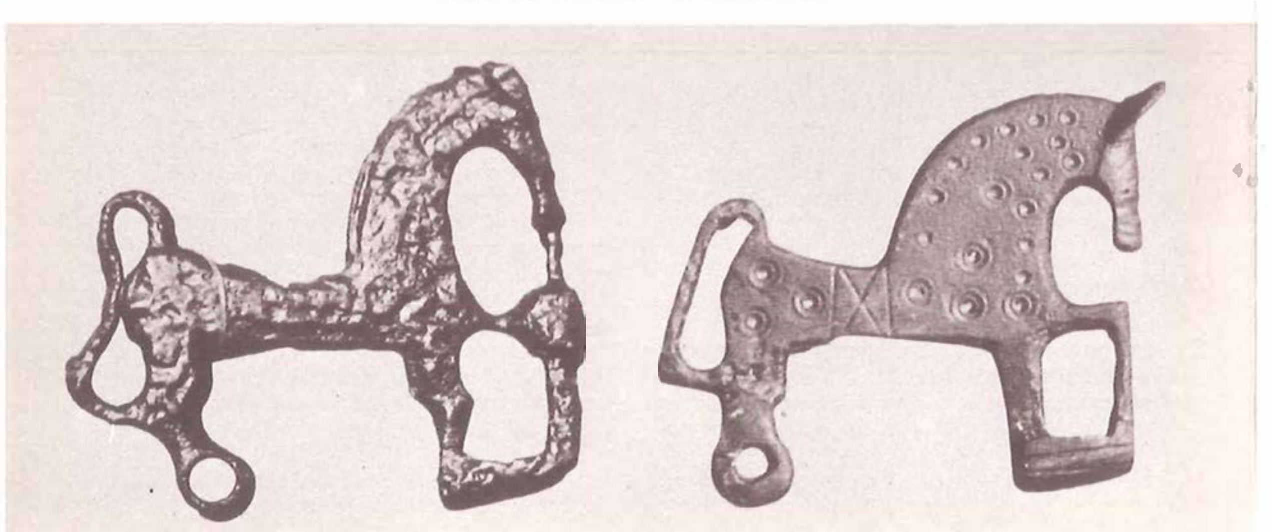
Las alarmantes noticias procedentes de Hispania influyeron en las elecciones del año 152 a. C. en Roma. Claudio Marcelo alcanzó por tercera vez el consulado, pese a que las leyes prohibían la repetición de la magistratura sin un intervalo mínimo de diez años. Y ello porque se le consideraba idóneo para acometer la guerra celtíbera por su reputación militar, con dos triunfos en su haber, y por su experiencia en Hispania, donde había actuado como pretor.

La campaña de Claudio Marcelo

Utilizando todos los medios a su alcance, Marcelo, dispuesto a conseguir una paz estable, se encaminó a *Ocilis* (Medinaceli) y *Nertóbriga,* en la Celtiberia Citerior, que se habían unido a los arévacos tras su éxito en Numancia.

La primera se rindió sin resistencia confiando en la clemencia de Marcelo. Pero en la segunda había partidarios y enemigos de Roma, lo que

Fíbulas en forma de caballo halladas en Numancia



hizo confusas las negociaciones. Marcelo entonces cortó por lo sano y exigió el cese de la actitud hostil de los celtíberos como paso previo a la renovación de los pactos de Graco.

Los indígenas rebeldes aceptaron las condiciones impuestas e incluso el pago de una contribución de guerra. Pero la protesta de las tribus fieles a Roma, que se sentían amenazadas por las sublevadas, apenas permitió otra cosa que la firma de un armisticio y la remisión a Roma de sus respectivas causas. Entre tanto, Marcelo esperaba la decisión del Senado en su fundación de *Corduba*.

La dificultad de aislar la crisis de *Segeda*, que tanta sangre romana había costado, dio al Senado la prueba de que el simple mantenimiento del *statu quo* propuesto por Marcelo no parecía el camino para mantener la paz y la seguridad en Hispania. Un nutrido grupo de senadores, entre los que se hallaba P. Cornelio Escipión Emiliano, nieto adoptivo del gran Escipión el Africano, quería un viraje enérgico en política exterior.

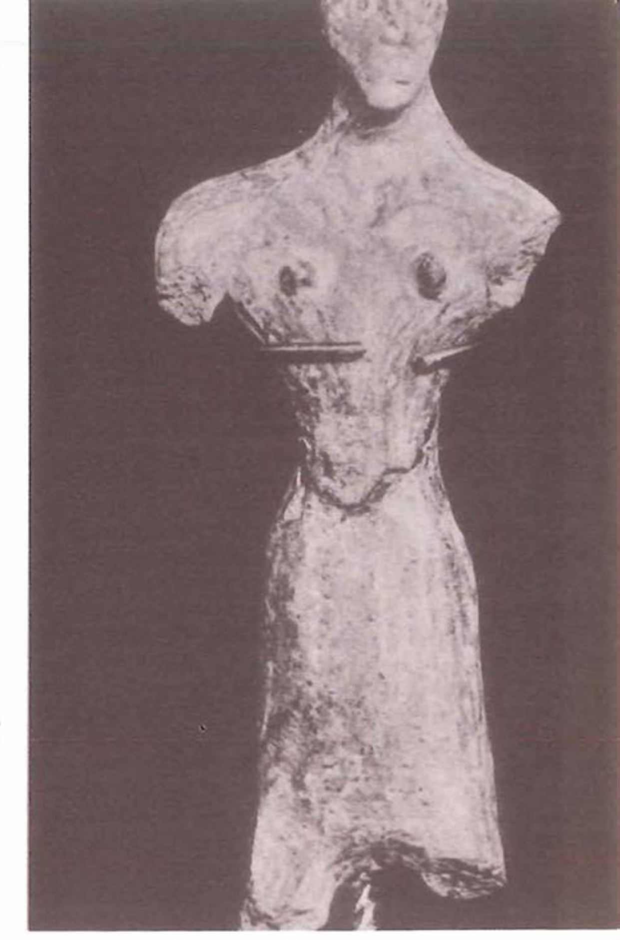
Para estos senadores, sólo se pacificarían las provincias si se aniquilaba a las tribus aún belicosas. Se basaban en la experiencia del Oriente helenístico y en la firme convicción de que no eran compatibles con el honor de las armas romanas los tratados de paz fundados en el compromiso.

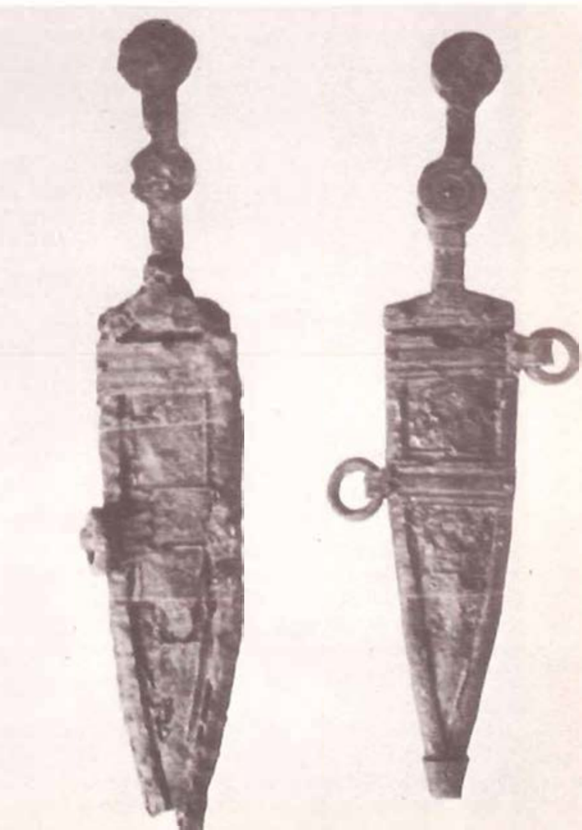
Tras esta argumentación, no había más que un endurecimiento de la política exterior nacido de la confusión de un régimen que había fracasado rotundamente en la dirección de un imperio excesivamente ambicioso para sus limitados medios.

Las ruinas de corinto y Cartago, en el 146 a. C., y las de la misma Numancia, en el 133 a. C., jalonarían ese camino brutal y estéril que sus propios impulsores ignoraban adónde conducía (3). El caso es que al decidir el Senado la continuación de la guerra, Marcelo, a su pesar, se vio forzado a reemprender las hostilidades el mismo 152 a. C. después de devolver sus rehenes a los celtíberos.

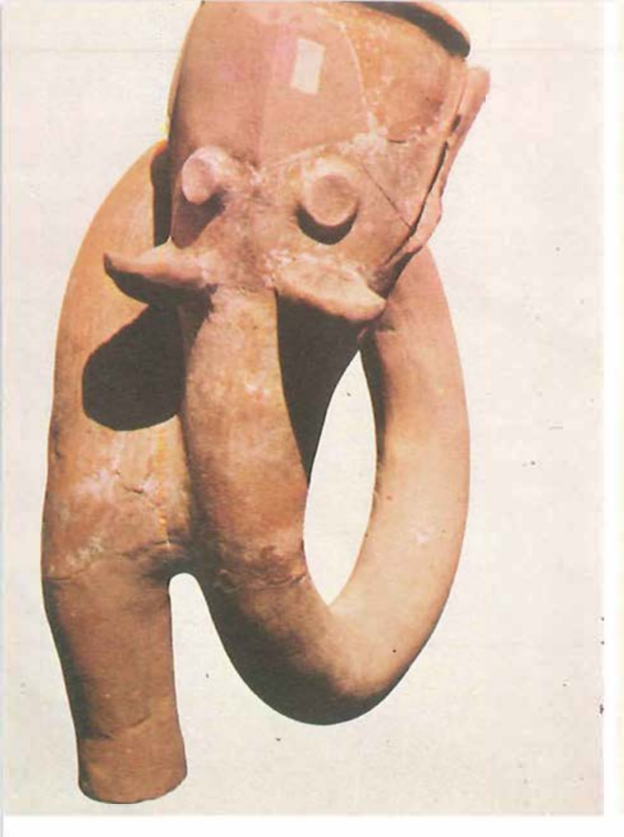
Frente a las murallas de Numancia, apenas a un kilómetro de la ciudad, Marcelo levantó su campamento obligando a los indígenas a guarecerse tras sus muros. La superioridad romana, el espíritu conciliador de Marcelo y la prisa de ambas partes por llegar a una solución al saberse que un nuevo ejército al mando del cónsul del año 151 a. C., L. Licinio Lúculo, venía a sustituir al de Marcelo, precipitaron un acuerdo.

En la primavera de 151 a. C. los indígenas aceptaron formalmente la rendición sin condiciones y entregar una elevada suma de dinero a cambio de la renovación de los pactos de Graco. No tuvo dificultad Marcelo en que las instancias centrales reconocieran su paz, que hasta el 143 a. C. duraría en Celtiberia.





Idolo votivo y puñales celtíberos de Numancia





No obstante, la decisión de proseguir la guerra tendría inesperadas consecuencias. Las sombrías noticias que llegaban de Hispania sobre las dificultades de una guerra encarnizada e improductiva y la crisis social que empezaba a sufrirse en Roma obstaculizaron la obtención de los reclutamientos precisos para el nuevo ejército de Lúculo en el que se enroló, en gesto efectista, Escipión Emiliano, arrastrando a amigos y partidarios.

Si las esperanzas de esta facción belicosa quedaron frustradas con la paz de Marcelo, nada impedía pelear contra los pueblos exteriores, más allá de la Celtiberia.

Pronto halló Lúculo un enemigo en el que volcar sus turbios propósitos: los vacceos, pueblo cerealista que, extendido a ambos lados del Duero medio tendía el puente entre la Celtiberia en la Citerior y lusitanos y vettones en la Ulterior, fueron injustamente acusados de atacar a sus vecinos los carpetanos, súbditos romanos. Una de sus ciudades, *Cauca* (Coca) fue asaltada entre vergonzosos detalles que, según Apiano, *llenaron de infamia a los romanos.*

Como no podía ser de otra manera, las tribus vacceas, unánimes en su odio al invasor, se aprestaron a la resistencia. *Intercatia* (Villalpando), siguiente presa de Lúculo, hubo de capitular sin que el general romano lograra satisfacer sus verdaderos propósitos de acumular metales preciosos, porque los indígenas carecían de ellos.

La injustificable campaña tuvo un desenlace adecuado cuando el ejército de Lúculo sitió la más poderosa de las ciudades vacceas, *Pallantia* (Palencia), que logró resistir. Los romanos hubieron de retirarse al sur, donde Galba, pretor de la Ulterior, atravesaba serias dificultades en su campaña contra los lusitanos.

La unión de ambos ejércitos forzó a pedir la paz a los lusitanos. El pretor se la prometió junto a un reparto de tierras de cultivo que aliviase la depauperada economía indígena. Pero cuando, concentrados con sus familias y previamente desarmados, esperaban el reparto, Galba dio orden de exterminio: de 30.000 indígenas, 8.000 fueron asesinados y el resto vendidos como esclavos.

El infame proceder del pretor suscitó una oleada de indignación en Roma hasta el punto de acarrearle un proceso. Pero el dinero lusitano le salvó de la condena. Los lusitanos, sin embargo, no olvidaron fácilmente el hecho. Según la tradición, Viriato, escapado de la matanza, proporcionaría diez años de pesadilla a los ejércitos romanos de la Ulterior.

Crisis en Roma

Las victorias de Viriato, la activa diplomacia del caudillo luso invitando a la sublevación y la persistencia de los problemas que propiciaron la anterior rebelión, suscitaron el levantamiento celtíbero del año 143 a. C. tras nueve años de

LA CELTIBERIA

Celtiberos

▲▲▲ Límite probable del dominio romano en 154 a. de C.

▬ ▬ **Marcha del ejército de Escipión desde Tarragona a Numancia en 134 a. de C., según A. Schulten**

Trompa y vasija cerámicas numantinas

Copa y monedas de plata y bronce procedentes de Numancia

tregua. Comenzaba el último capítulo de la conquista romana del valle del Duero, en el que se forjaría el mito de Numancia.

Esta guerra, que del 143 al 133 a. C., enfrenta, sin respiro apenas, a los ejércitos romanos con un insignificante núcleo bárbaro en los confines de Occidente, puede parecer —y así se ha considerado generalmente— un episodio sobrehumano y de valor ejemplar si no se tiene en cuenta una serie de circunstancias que, si no minimizan la desigual resistencia, la explican.

Hay que destacar el hecho de que la guerra de Numancia se produce al final del gigantesco proceso que estaba transformando la elemental ciudad-estado de Roma en un imperio mundial, sin una armónica y paralela acomodación de sus estructuras políticas y socieconómicas.

Esta falta de adecuación sólo podía generar una grave crisis de la que, para nuestros propósitos, incidiremos en sólo dos aspectos, el social y el político.

El primero se manifiesta en la creciente depauperación de las clases medias que, en un sistema de ejército como el romano, en el que la milicia estaba ligada a la propiedad, se tradujo en una angustiosa disminución de la cantera de soldados, precisamente en una época en que la política exterior exigía levas progresivas. Las medidas excepcionales que hubo de arbitrar el Estado para hacer frente a estas necesidades sólo podían redundar en una disminución de la calidad de las tropas y, por tanto, de su eficacia.

Paralelamente, la crisis política se aprecia en el resquebrajamiento de la unidad de la oligarquía senatorial, escindida en varias facciones enfrentadas que amenazaban con anularse en la conducción de los asuntos públicos.

Estas incongruencias se manifiestan abiertamente en la guerra de Numancia. Mientras los ejércitos bisoños y mal entrenados que luchan contra los celtíberos se debaten entre el miedo y la indisciplina, la unidad y coherencia de objetivos del mando se rompen en criterios, a veces contradictorios, como consecuencia del cambio anual de comandantes, fruto de las luchas políticas en Roma.

Los celtíberos no entregan las armas

Numancia no resistió durante once años, según proclaman con infantil orgullo muchas historias de España, ya que quince meses de asedio continuado acabaron con su resistencia. Pero es cierto que durante largos años fue Numancia un serio problema para el estado romano, porque la dirección militar de Roma no supo resolverlo al cambiar continuamente de tácticas y objetivos. Bastó un general con talento y dotes de mando y una acción coherente para concluir la desigual lucha. Aunque, entre tanto, el nombre de Numancia se convertía en leyenda.

El levantamiento celtíbero de 143 a. C. se consideró tan grave como para enviar a Hispania a uno de los cónsules, Q. Cecilio Metelo, brillante general, recientemente experimentado en los campos de Macedonia, al frente de un ejército de más de 30.000 hombres.

En los dos años que permaneció en Hispania, Metelo persiguió la pacificación de todo el valle del Jalón y el alto-medio Duero con un plan sistemático que comenzó en la Celtiberia Citerior —el país de lusones, belos y titos— con el sometimiento de las ciudades de Cetóbriga y Contrebia y continuó en el extremo occidental, en territorio vacceo, en forma de operaciones de castigo, para aislar el núcleo central más peligroso, el arévaco, que se apoyaba en las plazas fuertes de Numancia y Termancia.

La eficacia militar, unida a una política en cierto modo moderada, al estilo de Marcelo, pareció dar sus frutos cuando termantinos y numantinos estuvieron dispuestos a aceptar una paz que les convertía en *amigos y aliados del pueblo romano,* a cambio de rehenes, ropas, caballos y armas.

Pero el día fijado, después de cumplir la mayor parte de las condiciones exigidas, los indígenas se negaron a entregar las armas, lo que significó la continuación de la guerra. Para conducirla, el Senado, en el año 141 a. C. ya había encontrado un sustituto en el también cónsul y rival político de Metelo, Q. Pompeyo.

Fue probablemente esta ruptura a última hora del pacto la que decidió al Senado a mostrarse inflexible con ambas ciudades. A partir de ahora sólo aceptará la rendición sin condiciones de los indígenas.

Movía esta actitud no tanto una política de imperialismo agresivo frente a la que hubiese sido posible una opción moderada, al estilo de Marcelo y Metelo, sino la bochornosa reflexión de que las humillaciones sufridas por las armas romanas no respondían a la auténtica relación de fuerzas de los contendientes.

La guerra se estaba tornando una afrenta para la sociedad romana y no cabía entonces la moderación. Numancia se había convertido en un reto, una provocación al prestigio militar romano sobre el que se cimentaba todo el aparato imperial.

Pero la guerra se prolongará, porque a las dificultades objetivas del terreno, árido y de áspera orografía, y a la resistencia a ultranza de los indígenas, conscientes de su lucha a muerte, se añadirán las acumuladas, gratuita y estúpidamente, por el propio aparato central romano en cuanto a la falta de aplicación rápida de su verdadero potencial bélico.

Bajo la dirección de comandantes ineptos, la guerra se eterniza y esto arroja un efecto negativo en la calidad y la moral de las tropas.

Fracasos romanos ante Numancia

Q. Pompeyo, el cónsul del 141 a. C., es un ejemplo de esta política tan inflexible como falta

Reconstrucción hipotética de la fortaleza de Numancia, por Lipsius

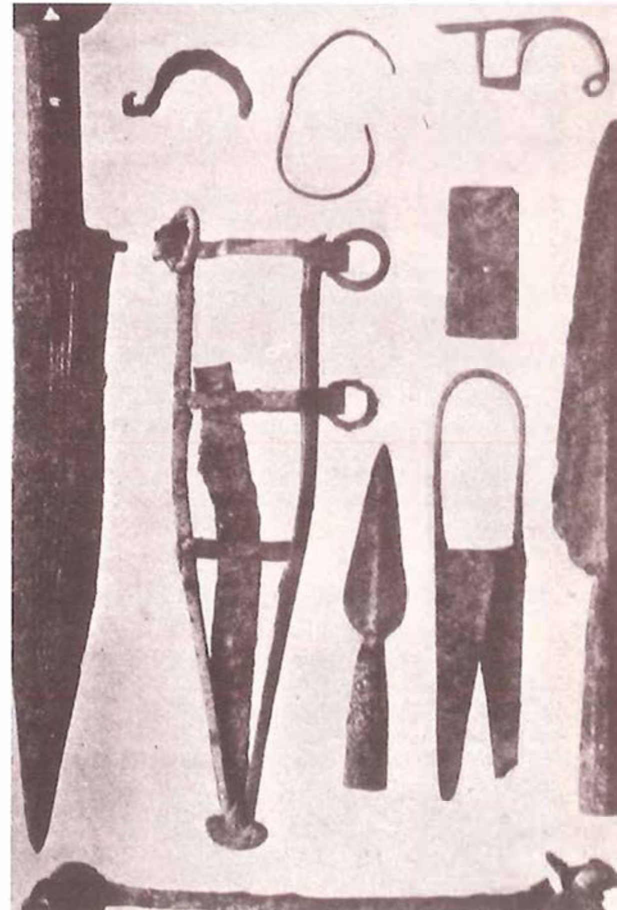
de escrúpulos. Estrellado contra los muros de Numancia y Termancia, después de un año de infructuosa campaña, intentará conseguir la paz en el 140 a. C. por medios diplomáticos. Iniciará para ello conversaciones con ambas ciudades, pero en términos tan equívocos que hasta le acarrearon un proceso en Roma.

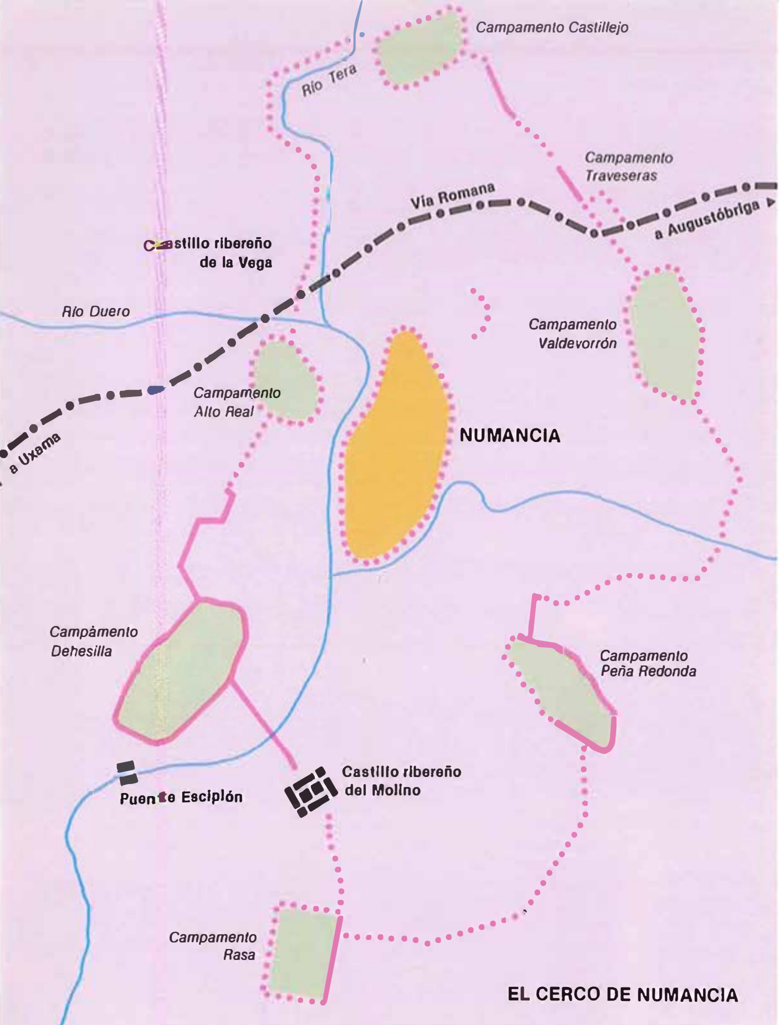
Su sucesor, el cónsul del 139 a. C., Popilio Lenas, no tuvo mejor suerte ante Numancia y renunciando a sitiar la ciudad se contentó con algaradas en las llanuras trigueras de los vacceos para justificar la actividad de su ejército.

La ineptitud de la dirección romana sería coronada por el consúl del 138 a. C., C. Hostilio Mancino, quien no sólo hubo de levantar el sitio de Numancia, sino que al retirarse quedó bloqueado por los numantinos con todo el ejército y únicamente logró salvarlo del aniquilamiento con una capitulación en toda regla, gracias a los oficios de uno de sus lugartenientes, el cuestor Sempronio Graco, hijo del pacificador de Hispania en el 179 a. C., cuyo recuerdo era todavía garantía de equidad para los indígenas.

Pero el Senado no podía aceptar lo que para sus ojos representaba una humillación y a fin de salvar su responsabilidad obligó al deshonrado cónsul a rendirse personalmente a los numantinos: tétrica ceremonia exigida por el derecho de guerra en la que todo un cónsul romano, desnudo y con las manos atadas a la espalda, aguardaba a las puertas de la ciudad el destino que quisiera darle el enemigo.

Ajuar de la tumba de un guerrero hallado en la necrópolis de la Mercadera





Esquema que ilustra acerca de la localización de Numancia y el establecimiento de las posiciones romanas en torno a la misma



Guerrero en un vaso cerámico de Numancia

Pero los indígenas no aceptaron la entrega y la guerra continuó. M. Emilio Lépido (137 a. C.), L. Furio Filón (136 a. C.) y Q. Calpurnio Pisón (en 135 a. C.), cónsules encargados sucesivamente de las operaciones, no se arriesgaron a un fracaso similar al de Mancino, con lo que Numancia dispuso de tres años de tregua, ya que los ejércitos romanos, ignorando olímpicamente su existencia, se limitaron a cumplir dudosos objetivos en la castigada tierra de los vacceos.

Escipión y la destrucción de Numancia

El insulto de Numancia no podía ser tolerado por más tiempo por una sociedad acuciada por otros graves problemas. No es de extrañar que la facción belicista acaudillada por P. Cornelio Escipión, héroe nacional después de la destrucción de Cartago en el 146 a. C., orquestara una campaña en la que se reclamaba para él la dirección de la guerra en Hispania.

No fue obstáculo la traba legal que impedía su reelección como cónsul. El carisma personal y familiar, el partido que lo apoyaba y las clientelas políticas le otorgaron, por segunda vez en el 134 a. C., la magistratura consular.

A causa de las dificultades de reclutamiento, Escipión sólo pudo llevar consigo unos 4.000 voluntarios para reforzar el ejército de Hispania. Pero a esas tropas faltas de moral y organización, Escipión aportó algo más valioso y útil: espíritu de cuerpo, disciplina y eficiencia.

Tras entrenar durísimamente a su ejército, comenzó Escipión las operaciones a espaldas de los numantinos, en territorio vacceo, no como objetivo principal, a semejanza de sus antecesores, sino como medio de cortar a la ciudad el abastecimiento.

En octubre del año 134 a. C. se encontró el cónsul ante los muros de la legendaria ciudad, a la que ni siquiera dio oportunidad de combate frontal. Con el frío y meticuloso cálculo del que se sabe superior, inició un escrupuloso cerco que abandonaba a Numancia a su propia suerte.

Gracias fundamentalmente a las excavaciones de Schulten conocemos bien la topografía del lugar: una cerca de empalizadas y terraplenes protegió a los sitiadores mientras levantaban alrededor de la ciudad un sólido muro con torres, controlado por siete campamentos.

En uno de ellos, el de Castillejo, a menos de un kilómetro al norte de Numancia, tenía Escipión su cuartel general. Su hermano Q. Fabio acampaba en Peña Redonda, al sur. Ambos contenían la infantería legionaria pesada. En los cinco restantes repartían las tropas auxiliares itálicas e hispanas, en total, alrededor de 50.000 hombres, frente a los apenas 4.000 sitiados.

Fueron estériles los intentos numantinos de romper el cerco que un sofisticado sistema de señales de comunicación mantenía en continua vigilancia. Cuando el hambre empezó a hacer estragos, los indígenas pretendieron conseguir una paz honrosa, pero Escipión sólo aceptó la rendición sin condiciones.

Tras espeluznantes sacrificios en los que no faltó el canibalismo y los suicidios en masa, el último grupo de espectros vivientes, a los quince meses de asedio, se avino a entregar la ciudad.

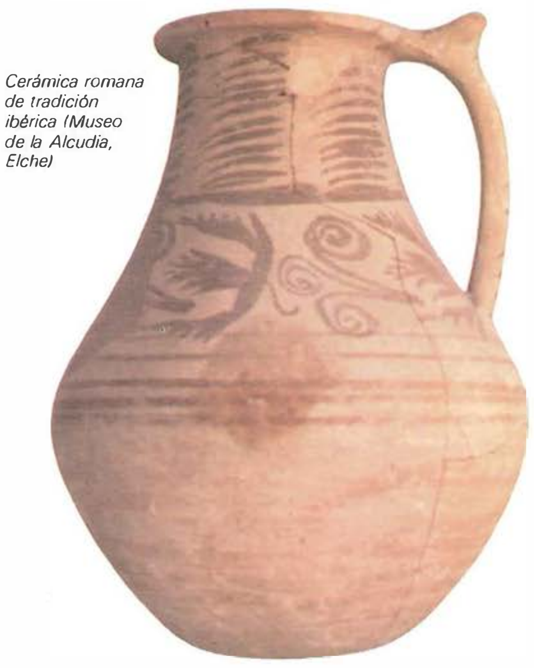
El vencedor aplicó en Numancia sus preceptos de política exterior ya experimentados en Cartago: La mejor manera de asegurar una conquista era aniquilar a cualquier enemigo efectivo o potencial y erradicar por el terror cualquier oposición.

Después de reservarse 50 prisioneros para que adornasen su carro triunfal, vendió como esclavos al resto, incendió la ciudad y repartió el territorio entre las tribus vecinas que habían colaborado en el asedio.

Se lograba al fin la pacificación de Celtiberia. Mas no era la paz de justicia y equidad, sino la paz de los muertos.



Legionario romano



Cerámica romana de tradición ibérica (Museo de la Alcudia, Elche)

NOTAS

(1) Los presupuestos de esta paz eran miopes. Consistían en la simple aceptación del *statu quo* y el mantenimiento a ultranza de la atomización tribal de los pueblos fronterizos para evitar la posibilidad de coaliciones de tribus.

(2) Campamento ejemplarmente excavado, como otros de la región, por el investigador alemán A. Schulten.

(3) Esta tendencia no sólo marcó el destino de Hispania, sino la actitud de los generales que Roma envió a la Península. De ahora en adelante cada jefe de ejército que pretendiese utilizar como medio de pacificación pactos equitativos corría el riesgo de ver anuladas sus medidas por el Senado, ser destituido y acusado de cobardía. Así, los oportunistas tenían su oportunidad. Faltos de escrúpulos, arrojaron por la borda los fundamentos de confianza y lealtad, supuestas garantías de la paz romana. En sus manos, promesas y tratados fueron ya sólo papel mojado para engañar al enemigo o la tabla de salvación personal cuando, acorralados por el rival, no tenían otra opción que pactar.

Los últimos días de Numancia

LLEGO Escipión a la Península en la primavera del año 134 a. C. con unos 4.000 hombres, de los que 500 eran deudos y amigos que le servirían de guardia personal y de notarios de sus victorias. Los otros 3.500, a las órdenes de Q. Fabio Buteo, eran romanos, aliados italianos o soldados escogidos que le cedieron algunos reyes orientales amigos suyos.

Poco después vendría en su ayuda el númida Yugurta con unos 15.000 hombres más, que, sumados a los anteriores y a los que Roma tenía en la Citerior, arrojarían un total aproximado de 70.000.

Pero los soldados acantonados en el noroeste hispano no eran un verdadero ejército. En sus campamentos pululaba una tropa de adivinos, magos, prostitutas y buhoneros, nativos en su mayor parte, con lo que los celtíberos conocían de antemano los movimientos de los romanos. Era, además, un ejército mal entrenado y desmoralizado por la dureza de la guerra y las derrotas. El historiador griego Polibio escribe:

Se llama guerra de fuego a la que los romanos hicieron contra los celtíberos. Extraordinaria fue la naturaleza de esta guerra, así como la duración de los enfrentamientos. Las guerras en Grecia y Asia suelen decidirse, por lo general, en una batalla, raras veces en dos y esas batallas se resuelven en un momento, el del primer choque de las fuerzas.

En esta guerra sucedió todo lo contrario: la noche acababa con la mayoría de las batallas y los hombres resistían animosamente, sin que sus cuerpos cediesen a la fatiga, pues desistiendo de retirarse y como arrepentidos de hacerlo, reanudaban la lucha. Apenas suspendió el invierno esta guerra y la serie ininterrumpida de batallas. En verdad, si alguien quiere imaginarse una guerra de fuego, que sólo piense en ésta.

Escipión estuvo un tiempo limpiando de advenedizos los campamentos y para acabar con la vida muelle de las legiones las impuso, según el historiador Apiano, un duro régimen. Tocaba diana de madrugada y ordenaba largas marchas; por la tarde los soldados debían levantar campamentos y fortificarlos con fosos y vallas en un tiempo preestablecido. Al día siguiente, otra marcha, dispuestos en cuadro para evitar ataques por sorpresa y la formación de grupos de rezagados...

Escipión eliminó todo lo superfluo, desde animales hasta impedimenta. Prohibió usar camas y la vajilla no imprescindible. Intensificó los ejercicios de armas y las alarmas de entrenamiento. Así, en pocas semanas contó con un ejército nuevo, disciplinado, resistente y con una moral elevada.

Con este ejército enfocó la campaña contra los vacceos —que privó de vituallas y aliados a Numancia— como un paseo militar de entrenamiento y con no menos de 50.000 soldados se presentó en octubre del 134 a. C. ante los muros de Numancia, defendida por no más de 4.000 hombres (para Schulten, 2.000).

Es indudable que los numantinos no habrían podido repeler un asalto frontal de ejército tan superior en número y medios. Pero Escipión no quiso comprobarlo: no podía tolerar una nueva humillación romana ni deseaba ofrecer a los numantinos la oportunidad de una defensa heroica. La rendición incondicional, la completa humillación de los sitiados era su objetivo.

Por ello cercó Numancia con siete campamentos fortificados y unidos entre sí por fosos, terraplenes y empalizadas. Nada ni nadie podía entrar o salir de la ciudad. Altas torres protegidas por catapultas y balistas y bien provistas de honderos y arqueros controlaban cualquier movimiento en la ciudad sitiada. Un sistema de señales entre las torres disponía el envío de refuerzos en breve tiempo a cualquier punto del circuito que estuviese en peligro.

En vano pretendieron los numantinos salvar el cerco; los romanos les rechazaron siempre causándoles muchas bajas. Más éxito tuvo la salida del numantino Retógenes en busca de auxilio: salvando terraplenes y empalizadas llegó hasta los arévacos que le despidieron sin brindarle ayuda, porque la fama y las medidas de Escipión les habían convencido de que era inevitable la derrota de Numancia.

Retógenes marchó entonces a Lutia, donde encontró a 400 jóvenes dispuestos a combatir a su lado. Pero los ancianos de Lutia, temiendo represalias, denunciaron el hecho a Escipión, que capturó al pequeño ejército y cortó las manos a sus soldados como escarmiento para que nadie pensase en ayudar a los numantinos.

Sin víveres ni esperanza de ayuda, los sitiados pretendieron negociar y enviaron a Avaro, con cuatro hombres más, al campamento de Escipión. Apiano narra la dramática embajada de Avaro: Sería digno de ti y de tu fama, oh Escipión, perdonar a este pueblo fuerte y valeroso, pues ya no depende de nosotros, sino de ti recibir la sumisión de nuestra ciudad, si exiges condiciones equitativas, o dejar que sucumba en la lucha.

Escipión exigió la rendición incondicional y la entrega de armas. Regresó Avaro con su séquito y recibieron la muerte en Numancia por ser portadores de tan desgraciada noticia.

No mucho después *—continua Apiano—*, faltos de todo alimento.. chupaban pieles cocidas; después, faltos también de pieles, se alimentaron de carne humana: primero, de los que morían, cocinándola en pequeños pedazos; luego despreciando la carne de los enfermos, los más

robustos atacaron a los más débiles... y reducidos a este estado se sometieron a Escipión.

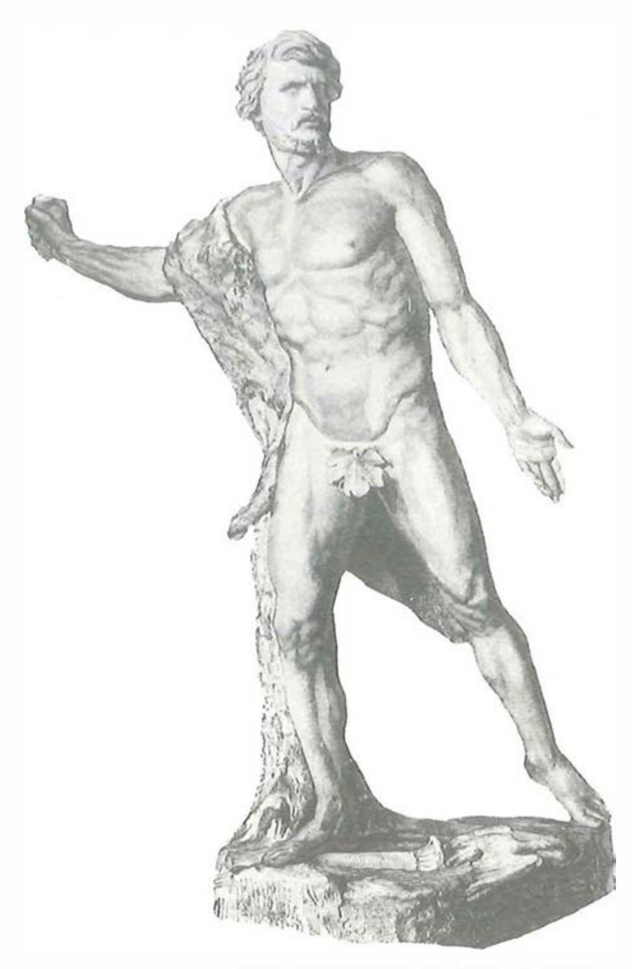
Convenida la capitulación, los que así lo prefirieron se dieron muerte, cada uno a su manera. Los restantes acudieron al tercer día al lugar designado. Espectáculo terrible y prodigioso: cuerpos esqueléticos cubiertos de vello y suciedad, con las uñas crecidas, despidiendo un olor fétido...

Esto ocurrió entre julio y agosto del 143 a. C. Pero Floro y Orosio, historiadores lejanos a estos sucesos, difieren en el relato de la tragedia final. Según ellos, ante la imposibilidad de romper el cerco y recibir ayuda, los numantinos incendiaron la ciudad y perecieron entre las llamas antes de rendirse.

La gruesa capa de cenizas hallada por los arqueólogos bajo la ciudad romana que se edificó sobre la celtibérica atestigua el incendio. Pero el hecho no contradice la versión de Apiano, que puede aludir al incendio y suicidio de aquellos numantinos que se dieron muerte, cada uno a su manera. *O, con mayor probabilidad, Escipión ordenó el incendio y la destrucción de Numancia, como ya hiciera con Cartago, después de rendirla.*



Estela funeraria romana que representa la figura de un legionario (arriba). *Figuras de guerreros celtíberos representadas en una cerámica numantina* (abajo)



Viriato (plumilla sobre una estatua de Bellver)

Viriato, terror de Roma

DE forma prácticamente paralela a la resistencia ofrecida por las poblaciones peninsulares situadas en la alta meseta del Duero, de la cual el ejemplo de Numancia constituye la más adecuada ilustración, otros focos actuaban sobre territorio hispánico en contra del poderío de Roma. De entre todos ellos, el situado en tierras lusitanas y andaluzas occidentales sería el más destacado. El nombre de su principal caudillo, Viriato, representaría de este forma, al igual que los de Sagunto y Numancia, la actividad autóctona dirigida contra el invasor romano.

La guerrilla lusitana, en sus momentos de mayor intensidad y expansión, encontraría en la figura aglutinadora de este pastor su centro básico de concurrencia. Su desaparición determinaría, de forma consecuente, un debilitamiento y una prácticamente total extinción de la misma. Seguir cronológicamente los hechos más destacados de aquel momento histórico resulta la forma más ilustradora de conocimiento del mismo. Ante todo resulta preciso tener en cuenta el hecho de la denominación geográfica de *Lusitania*.

La zona afectada por la guerrilla de denominación derivada de este nombre abarcaría, no solamente la mitad meridional del actual Portugal, sino también la Andalucía occidental y amplias franjas de la meseta central, alrededor de los montes de Toledo. Ello habla por sí mismo de la importancia de estas acciones bélicas, tanto por la extensión del territorio sobre el que se producían como por los mismos efectivos humanos y materiales que debieron exigir a ambas partes contendientes.

Los inicios temporales de las acciones guerrilleras de que se trata pueden situarse a partir del año 194 a.C., en el momento en que se produce el fracaso de su primera acción importante, lanzada sobre la andaluza *Ilipa,* próxima a la actual Sevilla. Cuatro años más tarde, la suerte respaldaría a los guerrilleros, que sin embargo se verían detenidos

LAS GUERRAS LUSITANAS

HISPANIA ROMANA EN EL 147 A. C.

WWWW Límite entre la ulterior y la citerior

●●●● Zona de incursiones lusitanas hasta el 150 a. C.

CAMPAÑAS DE VIRIATO

- 147-145 a. C.
- 144 a. C.
- 143-142 a. C.
- 141 a. C.
- 140 a. C.
- 139 a. C.
- Batallas o asedios
- Lusitania

La muerte de Viriato, según pintura de José de Madrazo, siglo XIX (Museo de Arte Moderno. Madrid)

Las guerrillas lusitanas

La táctica de actuación de los lusitanos estaba basada en la guerra de guerrillas, constituidas por grupos abundantes y fanáticos que, al mando de cabecillas resueltos (Púnico, Césaro, Viriato, Tautalo...), recorrieron el territorio peninsular poniendo en aprieto a los ejércitos romanos. El historiador Diodoro de Sicilia la describe de la manera siguiente: *Los más fuertes de los iberos son los lusitanos; para la guerra llevan escudos muy pequeños, tejidos de nervios, con los cuales, y gracias a su dureza, pueden defender su cuerpo holgadamente. En la lucha lo manejan con destreza, moviéndolo a uno y otro lado del cuerpo y rechazando con habilidad todos los tiros que caen sobre ellos. Usan también picas, hechas enteramente de hierro y con la punta a modo de arpón, y llevan casco y espada muy parecida a la de los celtíberos; lanzan sus picas con precisión y a larga distancia y causan a menudo heridas muy graves, Son ágiles en sus movimientos y ligeros en la carrera, por ello huyen o persiguen con rapidez; pero en cuanto a tenacidad para resistir a los enemigos quedan muy atrás de los celtíberos... Teniendo, pues, ligeras armaduras y siendo muy ágiles en sus movimientos y muy vivos de espíritu, difícilmente pueden ser vencidos por los demás. Consideran las rocosidades y asperezas de las sierras como su patria y en ellas van a buscar refugio por ser impracticables para los ejércitos grandes y pesados. Por ello los romanos, que han realizado numerosas campañas contra ellos, aunque han contenido sus audacias, no han logrado poner fin a sus depredaciones a pesar de su empeño* (V,34-7).

Por su parte, el geógrafo Estrabón nos completa su armamento y forma de combatir: *Dicen que los lusitanos son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados; sus escudos son pequeños, de dos pies de diámetro y cóncavos por su lado anterior; los llevan colgados por delante con correas y, al parecer, no poseen ni abrazaderas ni asas. Van armados igualmente con un puñal o cuchillo; la mayor parte de ellos llevan corazas de lino y algunos cota de malla y cascos de tres cimeras, mientras que otros se cubren con cascos tejidos de nervios* (III,3,6).

De acuerdo con los relatos precedentes, el armamento utilizado por los lusitanos estaba integrado por las siguientes piezas:

— un escudo pequeño y redondo *(caeta)*, muy apropiado para los combates cuerpo a cuerpo y para rechazar los dardos (usado habitualmente por casi todos los pueblos ibéricos);

— una espada que llevaba adosada una vaina pequeña con un cuchillo (arma de origen celtíbero utilizada por los lusitanos);

— una larga pica de hierro con una punta en forma de gancho, que aparece representada en las escenas esculpidas de Osuna, y

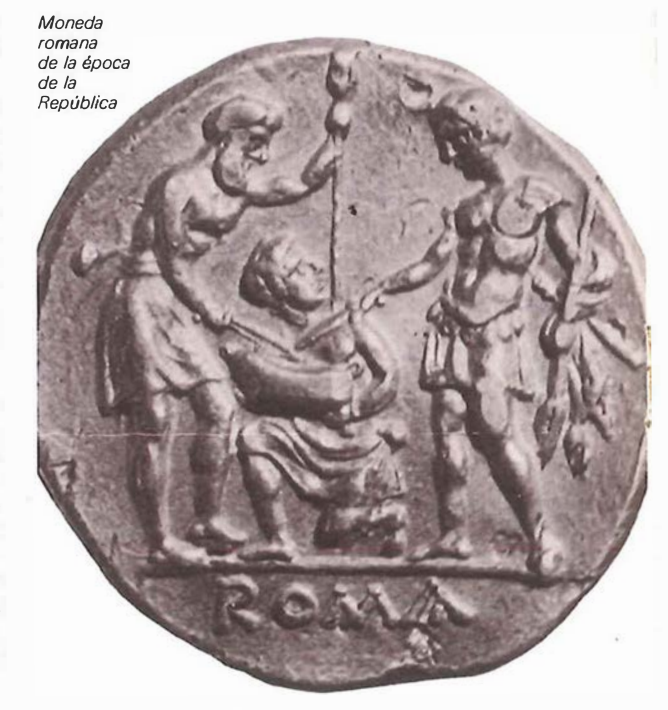
— cascos de cimeras con crines volantes y corazas de lino.

Por lo que respecta a la forma de combatir, todas las maniobras de ataque y defensa estaban en relación con la naturaleza del terreno, por lo general áspera y escabrosa; perseguían como objetivo la facilidad de ocultarse tanto en el momento de atacar como en el de replegarse: en consecuencia, cualquier encuentro en campo abierto era iniciado por los lusitanos únicamente con el fin de atraerse a los generales romanos a emboscadas en regiones montañosas (en un enfrentamiento de este tipo Mummio perdió 9.000 soldados ante el caudillo lusitano Césaro).

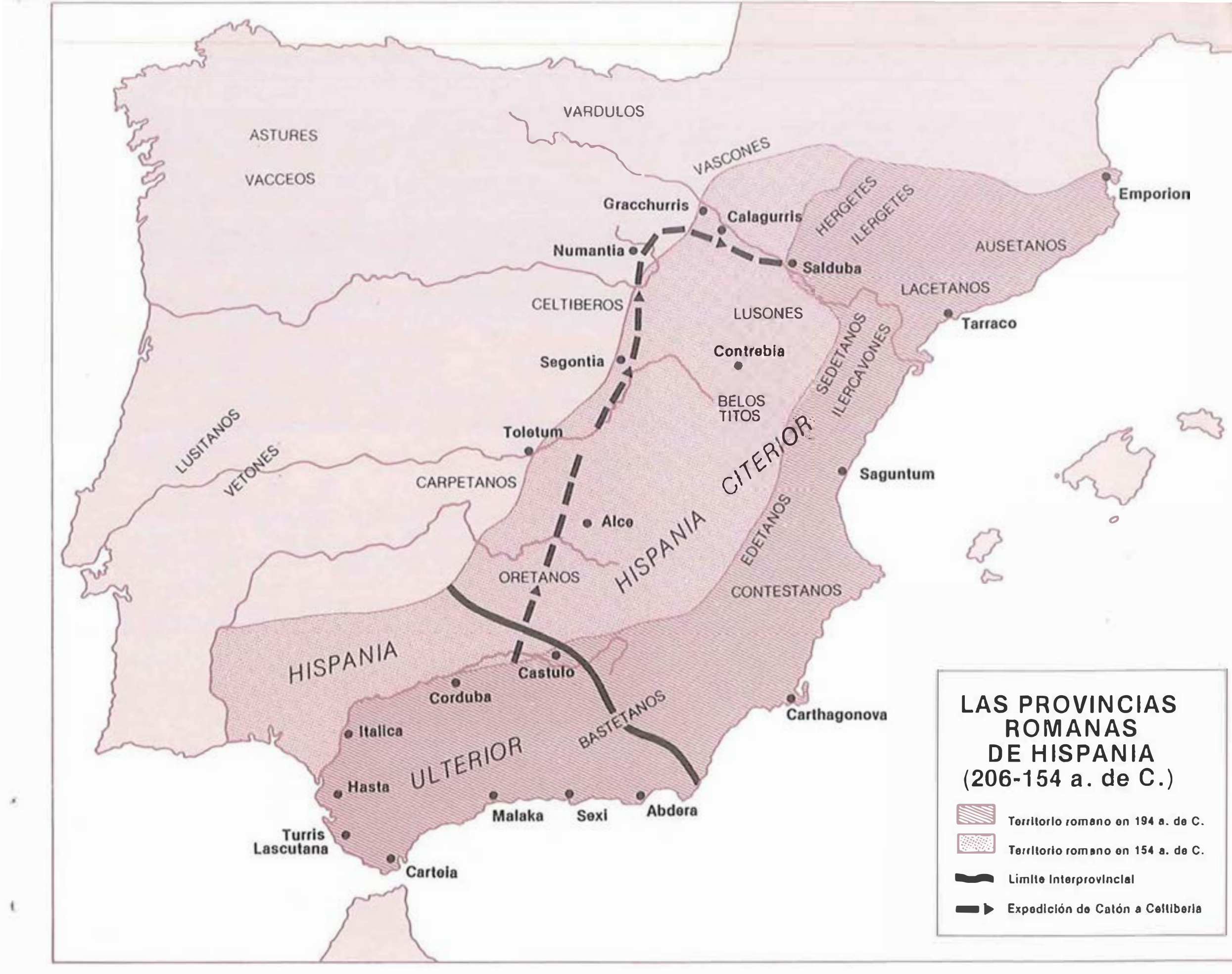
en repetidas ocasiones por las fuerzas de ocupación. La alternancia de victorias y derrotas definiría las posiciones de ambas partes.

El pretor Galba sería derrotado en 151, pero cuatro años después su sucesor Vetilio aplastaría a los lusitanos. En el año 147, Viriato fue elegido caudillo; a partir de ese momento se producirá el más destacado auge de la guerrilla lusitana. Viriato se alzará de la forma más específica como un verdadero elemento de preocupación para las autoridades romanas de sus zonas de actuación. Sin embargo, la desigualdad de fuerzas acabaría por inclinar la balanza en favor de los poseedores de mayores posibilidades humanas y materiales.

Con todo, Viriato y sus fuerzas mantendrían en jaque al poder romano y, alrededor del año 142, los lusitanos refuerzan sus posiciones en la Bética teniendo como centro la ciudad de *Tucci*, en la actual provincia de Jaén. Esta localización demuestra de la forma más clara el ámbito de penetración guerrillero dentro del espacio teóricamente dominado por Roma. El castigo que Quinto Fabio Máximo Serviliano inflinge a las ciudades béticas partidarias de Viriato provocará la reacción de éste, por lo que el romano se verá obligado a pedir la paz en el año 140.



Moneda romana de la época de la República



Solamente la traición sería capaz de terminar con aquel permanente peligro. Ante una fuerte ofensiva romana, los grupos dirigentes lusitanos comienzan a abandonar a Viriato, quien se ve obligado a retirarse a las regiones más occidentales. Las condiciones impuestas ahora por el poder romano para la paz resultan especialmente duras, y Viriato se negará a aceptarlas. Llegado el año 139, tres partidarios del caudillo luso, tras retornar del campamento romano donde habían participado en las frustradas conversaciones de paz, le matan mientras duerme y huyen a refugiarse entre el enemigo.

El desmoronamiento de la resistencia sería la inmediata consecuencia de este hecho, que venía a unirse a la ya citada defección de los grupos lusitanos más influyentes. El poder romano actuaría entonces en forma inteligente, y tras la paz decidida por el hundimiento de la guerrilla, ofrecería tierras a los pobladores de las zonas anteriormente insurreccionadas. De esta forma, mediante el establecimiento de colonias en las tierras llanas, prácticamente acabarían con los problemas generados por las poblaciones de las montañas, que en medida determinante se habían lanzado a la guerrilla debido a motivaciones de índole económica.

Bibliografía

Blázquez, J. M., *Historia de España. La romanización,* Madrid, Istmo, 1975. Blázquez, J. M., y Montenegro, A., *La España romana. La conquista y la explotación,* volumen I de *Historia de España,* Madrid, Espasa Calpe, 1980. Bozal, V., *Historia del arte en España,* Madrid, Istmo, 1978. Cabo, A., y Vigil, M., *Condicionamientos geográficos. Edad Antigua,* volumen I de *Historia de España,* Madrid, Alianza, 1975. Caro Baroja, J., *Los pueblos de España* (2 vols.), Istmo, Madrid, 1975. Cirici, A., y otros, *Arte militar y provincial romano,* Barcelona, Salvat, 1976. Grimberg, C., *Roma,* Barcelona, Daimón, 1981. Mangas J., y otros, *Introducción. Primeras culturas e Hispania romana,* volumen I de *Historia de España,* Barcelona, Labor, 1981. Nicolet, C., *Roma y la conquista del Mediterráneo* (2 vols.), Barcelona, Labor, 1982. Petit, P., *La paz romana,* Barcelona, Labor, 1981. Roldán, J. M., y otros, *Roma y Cartago en la Península Ibérica,* en *Historia de España Antigua II. Hispania romana,* Madrid, Cátedra, 1978. Starr, Ch. G., *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, Akal, 1974. Tovar, A., y Blázquez, J. M., *Historia de Hispania romana,* Madrid, Alianza, 1975.